

Í N D I C E G E N E R A L

ÍNDICE	2
PRELIMINAR	3
I. MARCO HISTÓRICO EN QUE NACE LA CONGREGACIÓN	5
II. PERFILES DE ENRIQUETA AYMER Y DE GABRIEL DE LA BARRE ..	15
1. Desde su correspondencia	
A. Enriqueta Aymer	16
B. Gabriel de la Barre	20
2. Desde otras perspectivas	
A. Henriette Aymer, un itinerario espiritual	30
B. Consulta grafológica de la Buena Madre	34
C. Hermana y cronista, Gabriel de la Barre	37
D. Anexo: El Padre Isidoro David	41
II. PERFIL DEL BUEN PADRE	45
1. Regla de Vida	46
2. Perfil espiritual del Fundador	49
3. A través de la prueba	54
4. Buen Padre	56
5. Examen psico-grafológico	60



P. Isidoro David



Gabriel de la Barre

PRELIMINAR

Esta publicación reúne contenidos diversos, pero que juntos son complementarios. Cuando coincidan los temas, para unos serán repetitivos, otros desearían aún precisiones. Como el color del cristal.... La idea ha nacido de la lectura del libro "**Correspondence. Henriette-Gabriel de la Barre**", Roma, 1993, 446 pp., editado por la Casa General de las Hermanas. Reúne una selección de cartas cruzadas entre estas dos hermanas y grandes amigas (1802-1829), realizada y anotada por la Comisión de Espiritualidad de las Hermanas.

Nada puede suplir la lectura misma de las cartas, de la que cada uno sacaría su propia y personal imagen de las correspondencias. Pero en nuestro caso lo que nos importa es que la "correspondencia" va precedida de tres estudios introductorios, que son los que figuran aquí en nuestro índice. Nos ha parecido que merecían ya el honor y el trabajo de aproximarlos al deseo manifiesto de las comunidades por conocerse mejor.

El primer estudio desarrolla el "**Marco histórico**" en que nace y crece la Congregación, hasta la muerte del Fundador (1837). A petición de la citada Comisión de Espiritualidad, lo escribió nuestra Hermana chilena, María del Carmen Pérez, experta historiadora y autora de la hermosa biografía "*Henriette o La fuerza de vivir*", Santiago de Chile, 1994, 159 pp.

Los dos "**Perfiles biográficos**" de Enriqueta Aymer y de Gabriel de la Barre fueron elaborados por los miembros de la Comisión de Espiritualidad de las Hermanas, entonces M^a Bernarda Ballón-Landa, Anne Marie Caron y M^a Cruz Pereda.

Para este primer conjunto de escritos, dos observaciones. El n° 6 del "Marco histórico" no pertenece al original. Ha sido añadido porque sus datos estadísticos, sobre todo, lo complementan y enriquecen. Está tomado de la biografía del Fundador, "*Servidor del Amor. Pedro Coudrin*", Juan V. González, Santiago de Chile, 1990, 501 pp. Por otro lado el perfil biográfico de Sor Gabriel de la Barre también se ha completado con dos cartas, las últimas que publica la "Correspondence", escritas por Sor Teresa Sardois, priora de Poitiers, entre cuyas manos murió Sor Gabriel el 17 de mayo de 1829. La primera está dirigida a la Buena Madre, escrita a medianoche, una hora después de la muerte, breve y casi telegráfica. La segunda, más larga, la escribió al cabo de un año, dirigida con toda probabilidad a Sor Ester de Guerry, interesada quizás en el acontecimiento por relaciones personales. No extrañe el tratamiento de "Señora" o "Señor", referido a los hermanos y hermanas por la prudencia de ocultar su condición de religiosos ante las autoridades civiles.

Puesto que de "perfiles" se trataba, históricos o biográficos, nos preguntábamos si este trabajo no se enriquecería y cerraría, en esfera bien acabada, con los "**Perfiles biográficos del Fundador**". Estos ya habían sido publicados anteriormente, y en castellano, aunque dispersos. Como se cede ante una dulce tentación, han recabado en esta edición conjunta, pensando también en mantener aquello de "lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre".

El primer perfil viene de la "*Regla de vida*", Roma, 1970, (pgs. 103-110). El segundo se encuentra en la biografía del Fundador, antes citada y escrita por Juan V. González, (pgs. 466-474). Se ha conservado la mta que añade sobre los documentos que se pueden consultar para un mejor conocimiento de los "títulos" con que perfila la personalidad del

Fundador. El “*Examen psico-grafológico*”, que fue publicado en la colección “Cahiers de Spiritualité”, en su nº 10, Roma, 1970. Posteriormente lo tradujeron y editaron las Hermanas de España, “*Algunos rasgos de la fisonomía espiritual del Buen Padre y de la Comunidad primitiva*”, Madrid, 1977, 198 PP. (pgs. 195-198).

Para esta publicación hemos añadido algunos trabajos complementarios, que siempre aportan novedad y precisión.

Buena Madre: Añadimos el estudio conciso y acabado de María Cruz Pereda, que titula acertadamente: “*Henriette Aymer: Un itinerario espiritual*”, publicado en “*Un Carisma en la Iglesia*”, Roma diciembre 1998, pgs. 42-49. En este “*itinerario*”, considera las dos partes de su vida: su formación y estilo humano y religioso hasta los 28 años, de ahí en adelante la nueva vida que se abre ante ella al salir de la cárcel.

Sor Gabriel: nos ofrece también nuestra experta historiadora chilena María del Carmen Pérez, su “*Hermana y cronista, Gabriel de la Barre*”, que se publicó en “*Cuadernos de espiritualidad, nº 17*”, 1997, pgs. 20-28, presentando a la testigo fiel, tan querida por los Fundadores a quienes adoraba, menuda y enfermiza de cuerpo que albergaba milagrosamente su gran espíritu. Superiora de la Grand’Maison, cuna de la Congregación, desde 1802 hasta su muerte en 1829. Algo se murió en el corazón de los Fundadores cuando ella se fue.

Isidoro David: nuevo y primer sacerdote tras su reciente entrada en la Congregación, trabajador infatigable en Poitiers, iniciador del colegio de la Grand’Maison de los Hermanos, apoyo como superior, consejero y amigo para Sor Gabriel, en quien él a su vez encontraba orientación y coraje, gran consuelo de los Fundadores. Le ha retratado con sobriedad Juan Vicente González, “*El Padre Isidoro David*”, en *Cuadernos de Espiritualidad*, nº 17, pgs 29-36.

Pionero también, el más joven, Hilarión Lucas, egregio y misterioso, de quien hablaremos en la publicación del próximo Cuaderno, que presentará su primera obra sobre el Buen Padre “*Algunas observaciones...*” (*Quelques remarques sur...*) 1802.

Buen Padre: con dos breves apuntes más, como veremos después en su momento. a) Uno del obispo de Poitiers Mons. Albert Rouet en su *Homilía* del 25 de diciembre 2000 en la Grand’Maison, celebración del Bicentenario. b) Un segundo presenta la otra cara de la moneda, su humilde bondad, con recuerdos después de la Navidad 1800, que ofrece su biógrafo Antoine Lestra en el capítulo XVI del primer volumen de su obra “*Le Père Coudrin. Fondateur de Picpus*”, París 1952.

Se cierra así el círculo al que damos el nombre de "PIONEROS". Son los que miraron hacia un horizonte, ventearon la dirección de donde llegaba la llamada, abrieron camino, se fueron hacia allá. Más que lo que hay que hacer, siempre tan temporal, nos enseñaron cómo hay que hacerlo. Por eso se conserva siempre fresca, nunca envejecerá, la figura de los pioneros.

P.S. Importa saber que ahora disponemos de dos obras paralelas, distantes en el tiempo, reciente la de la Buena Madre, que nos acercan a la intimidad y la obra del Buen Padre y de la Buena Madre:

Algunos rasgos de la fisonomía espiritual del Buen Padre y de la Comunidad Primitiva, Cuad. de Espirit. nº 10, Roma 1970. - Madrid 1977, 198 pgs. (traducción)

Algunos rasgos de la fisonomía espiritual de la Buena Madre. Cuadernos de espiritualidad, nº 10 bis, Roma 2000, 150 pgs.

M arco
H istórico
en que nace la
Congregación

El tiempo y el espacio son las coordenadas de la intervención de Dios. Dios obra en la historia del hombre y, creando al hombre, crea la historia.

La Congregación nace de una intervención directa de Dios en la historia de algunos hombres y mujeres en una época y en un lugar ya existentes. Un lugar concreto: Poitiers, en Francia. La época es el fin del siglo XVIII y primer tercio del XIX. Los actores: un grupo de cristianos, hombres y mujeres, jóvenes, atentos a los acontecimientos, desconcertados por lo que sucede en su país, en la Iglesia, en el mundo nuevo que surge. Nos encontramos ante un cambio histórico: el mundo contemporáneo emerge del proceso de metamorfosis comenzado en el curso de siglos ricos en descubrimientos que han marcado la cultura, la religión, el arte, el poder. Es el periodo que hemos dado en llamar "los tiempos modernos", desde el siglo XVI al siglo XVIII.

Eran hombres y mujeres que mantenían buenas relaciones con su propio entorno. Estas personas habían sido profundamente marcadas por el vuelco político, social y económico que fue la Revolución Francesa. La vida viene de las raíces y corre por las ramas entremezcladas; nada puede infringir los lazos íntimos que existen entre un país, la Iglesia, las personas, el acontecer social... todo cuanto constituye la vida. Actores de la historia, la soportamos también con paciencia, llevándola sobre nuestras espaldas, en nuestro caminar y en nuestras experiencias.

Para estudiar los comienzos de la Congregación de los Sagrados Corazones, la hemos dividido en varias partes. Hemos tenido en cuenta la evolución de las personas que la hicieron nacer, de la nación y de la Iglesia de Francia, de la rapidez de los acontecimientos políticos, del caminar del primer "núcleo" que está en el origen de nuestra familia.

1. LOS PRELIMINARES (1767-1789)

El Antiguo Régimen exhibe aún el brillo de sus salones y esa "dulzura del vivir" que es patrimonio de los privilegiados: la corte, los nobles, el alto clero y por encima de todo el Rey. Esta sociedad francesa estratificada se mantiene en el terreno incierto de la crisis económica y de la ideología liberal muy de moda. Francia se ha arruinado en guerras incessantes por defender su poder en Europa y en sus territorios de ultramar. Los grupos privilegiados danzan el minueto y gustan del clavecín, la caza o la poesía, en una sociedad minada por la miseria de un gran número, por la rebelión creciente (ya incontrolable) de quienes no gozan de privilegios.

El siglo XVIII está deslumbrado por "las luces" o más bien por una luz: la razón. Los sabios, las gentes de letras y lo que llaman "los filósofos", aseguran que la razón hace a todos los hombres iguales, les da la posibilidad de escoger su destino porque son su propio soberano. Mediante leyes razonables, pueden organizar la más perfecta convivencia y hacer desaparecer toda ignorancia o superstición no conformes con las leyes de la Razón.

Es necesario - y hasta obligatorio - ser feliz. Se puede serlo en la medida en que se hace morir todo el resto de siglos de oscurantismo: la autoridad, la religión revelada (se prefiere a un Dios razonable y explicable), la esperanza en otro mundo. En referencia a "los hijos de la ley", cantan la Historia nueva de los hombres libres e iguales.. al fin! Y al son de esta música se danza en las cortes de Europa. La nobleza y el Rey admiran.. y pagan el precio de la crítica acerba (a nivel social, religioso y político) que prepara la lucha de la burguesía, la movilización de las masas.

Las jóvenes nobles de Poitiers están inconscientes ante el abismo que se abre bajo sus pies. Han crecido en una provincia en que la activa vida social que se despliega serena-mente en fiestas y placeres, resulta agradable por el hecho de la educación dada a la mujer,

señora de la casa, de algunos deberes sencillos, de prácticas de una piedad sincera y poco ilustrada, de integración en la sociedad noble del Poitou.

Enriqueta Aymer de la Chevalerie nace en 1767 en una familia noble. Su padre y sus hermanos sirven en la corte, en el ejército y en los territorios coloniales.

Cuatro años más tarde nace Elena de la Barre, igualmente de una familia noble de Poitiers. Las familias nobles de la villa, orgullosas de su raza y de su historia, poseen ese fondo de piedad típico de las familias católicas de viejo rango. En Poitiers, cuya historia se construyó con la espada y la cruz, la nobleza se mantiene valerosa.

En esta misma época, un joven seminarista está a punto de recibir el diaconado. Nacido en 1768 en Coussay-les-Bois en una familia de agricultores, se había orientado desde muy joven hacia el sacerdocio. En 1785 llega para comenzar sus estudios teológicos en Poitiers. Las pocas cartas que se han conservado entre las que escribe a su familia en esta época, le revelan ardoroso y cultivado. Pedro Coudrin apenas tiene veinte años, pero ya es capaz de tener un juicio crítico sobre la mentalidad, los acontecimientos, las corrientes de su tiempo.

Enriqueta, Pedro, Elena... Estos tres jóvenes van a buscar su camino entre la tormenta devastadora que será la revolución. Dios les reserva itinerarios personales que van a converger. Entre ellos se forjará una bella amistad, una comunión que va a madurar. Lo descubriremos en sus cartas.

En el curso de estos años, otros jóvenes y otras jóvenes están creciendo en lugares diversos. Su vida contribuirá a escribir la historia de los primeros tiempos de la Congregación. Son nuestros hermanos y hermanas, los que aún juegan inocentemente en este verano de 1789. Se llaman Ludovina de la Marsonnière, Gertrudis Godet, Hilarión Lucas. Otros ya son jóvenes con inquietudes: Isidoro David, Francisca de Viart. Las hermanas Souc de la Garélie están decididas a ser para Dios y no encuentran el medio para ello en este tiempo de quiebra religiosa. Magdalena Chevalier vive en la misma búsqueda. Un tío de Enriqueta es nombrado obispo de Saint Claude en abril de 1785. Se trata de Mons. Juan Bautista de Chabot que habrá de exiliarse en los días funestos de la Constitución Civil del Clero.

Entre las personas señaladas algunas pertenecen a la nobleza de sangre y poseen una sólida fortuna; otras son burguesas activas en el comercio o la magistratura; otras provienen del mundo rural o pertenecen al bajo clero. Entre estos se sitúa Pedro Coudrin, llamado por Dios a ser la piedra fundamental del edificio en el que los otros - y muchos otros - encontrarán su camino y se comprometerán.

2. EL CAMBIO TOTAL (1789-1794)

La crisis financiera es el cráter por donde explota la tensión contenida desde hace mucho tiempo: injusticias, abuso de poder - o debilidad en su ejercicio - privilegios vergonzosos y miseria abyecta, desigualdades, lujo provocador, atentados contra los derechos de los ciudadanos y bastantes otros síntomas. La convocatoria de los Estados Generales es la ocasión de designar por voto a los diputados de cada grupo social, de señalar los problemas que pesan sobre el pueblo. Es la brecha abierta legítimamente hacia el régimen constitucional. El proceso no llega a continuarse en la legalidad a causa de las reclamaciones vehementes de libertad, igualdad, soberanía proferidas bajo el estandarte de la filosofía de "las luces" y del miedo de quienes se saben amenazados. La nobleza y el alto clero ven sus privilegios puestos en peligro por las diversas legislaciones e instituciones que se suceden rápidamente entre 1789-1793. Paralelamente, la efervescencia popular se hace incontrolable bajo el empuje destructivo de las masas sedientas de justicia.

La filosofía de "las luces" del siglo XVIII va a producir en la política un cambio total, radical, con sangre y destrucción. Revolucionarios, monárquicos, víctimas y verdugos, inocentes y culpables, acabarán destrozados y enemigos. En nuestra perspectiva histórica podemos ver emerger el triunfo del liberalismo y la república. La participación democrática y la igualdad entran en la historia de la política de occidente.

En estos tiempos de persecución creciente surge la mística de los mártires y de los héroes. La Iglesia ve segar la vida de sus hijos anónimos, de sus pastores, ve desaparecer sus instituciones, sus bienes, sus derechos; su misma existencia está amenazada en Francia. Entonces es cuando Dios interviene, cuando la Obra de Dios se concretiza en nuestra Congregación.

Según la nueva Constitución, el Rey debe gobernar bajo la dependencia de la Asamblea Legislativa. El clero y la nobleza son despojados de sus privilegios o de sus bienes, toda oposición es reprimida. Muchos emigran. Las potencias extranjeras se arman contra Francia. El Rey mismo intenta huir. La Asamblea Legislativa cede su plaza a la "Convención". La agitación crece... Se proclama la República, el Rey condenado a muerte es ejecutado. Aparece enseguida el reino del "Terror" que persigue a todo aquel que se opone, a todo disidente, por orden de dueños omnipotentes de la joven República ensangrentada.

Aunque el fervor revolucionario llega atenuado a las Provincias, las decisiones de París son aplicadas en ellas con rigor: Constitución Civil del Clero, requisas de bienes, supresión de privilegios y de títulos, persecución de los "sospechosos" en relación con la Iglesia o los emigrados, etc.

Enriqueta Aymer de la Chevalerie tiene sus dos hermanos en el extranjero y vive sola con su madre. En 1793 abren su casa a un sacerdote perseguido. Denunciadas, pagan con la prisión su fidelidad a la Iglesia. Es el momento crucial de su conversión, de su encuentro definitivo con Dios.

Ordenado sacerdote en 1792, Pedro Coudrin se entrega al ministerio sacerdotal prohibido. A pesar de su audacia y de su celo apostólico, debe ocultarse porque su vida corre peligro. Se refugia en un granero próximo al castillo de la Motte d'Usseau, donde ora, reflexiona, busca en la historia una luz para el futuro. Entonces tiene una visión singular - una intuición - la de una futura familia religiosa, de hombres y mujeres llevando el evangelio hasta los confines del mundo. Al salir de su escondite es guiado por su celo apostólico y por una inquebrantable confianza en Dios que le conduce según su designio amoroso.

Elena de la Barre, víctima también de las injusticias durante la revolución, tiene prisa por encontrar un lugar en el que podrá fortalecer su fe, un lugar en el que la Misa y la comunión le darán fuerza para ayudar a los que sufren y especialmente al clero perseguido.

Pedro Coudrin desafía las prohibiciones y las amenazas. Con un gesto rebelde y profético se entrega al apostolado en la clandestinidad. Su amor por la Iglesia, su cólera ante la muerte injusta, su lealtad al Rey, le empujan a actuar con peligro de su vida. Busca la respuesta de Dios para la sociedad.

Pedro, Enriqueta, Elena... Ellos y tantos otros recurren a un Dios amor que pueda curar el alma de Francia. En el catolicismo de la época subsisten dos corrientes. Para la herejía jansenista, Dios está lejano y el hombre, siempre indigno, no puede pretender su amor. La otra corriente espiritual, aunque nueva, es ya muy popular; es la devoción al Corazón de Jesús, fuente de misericordia, de perdón, de ternura atenta hacia los hombres. Su Amor, redentor de toda situación humana, atrae a él a cuantos le siguen.

3. NACIMIENTO DE LA CONGREGACIÓN (1795-1802)

En 1794 se pusieron las bases de la "Sociedad del Sagrado Corazón", destinada a reunir en la oración y el apoyo mutuo a los apóstoles que trabajaban en la villa de Poitiers. La desorganización de la Iglesia por el hecho de la persecución, del juramento de los sacerdotes, había producido un abandono notable por parte del pueblo hasta entonces creyente y fiel a la Iglesia. La señorita Suzette Geoffroy con algunas amigas y un Consejo de sacerdotes, forman el núcleo de esta "Sociedad". Las personas se suceden de hora en hora para rezar y colaborar en diversas obras. Enriqueta y Elena llegan también y solicitan su admisión.

Pedro Coudrin forma parte del Consejo de sacerdotes y se distingue allí por su celo apostólico; es un ejemplo de oración, un sabio confesor y director de conciencia. Se acordaba sin duda de su intuición en el granero y buscaba los signos de Dios para esta fundación. Reconoció la calidad espiritual y la personalidad de Enriqueta recientemente "convertida", a quien animó en su búsqueda espiritual.

En el curso de estos años, se desarrolló la sólida amistad que unió a Enriqueta, Elena y el sacerdote. Esta comunión en el amor de Jesús marcó a la familia naciente con el sello de la confianza mutua, la simplicidad y el espíritu de familia.

El fin del Terror con la caída de Robespierre en julio de 1794 trajo un pequeño respiro a los perseguidos, pero el clima antirreligioso persistió y los peligros innumerables renacían sin cesar. De hecho, las actividades de la "Sociedad del Sagrado Corazón" y los primeros pasos de una nueva comunidad se viven en el secreto más estricto. En 1800, tras un largo discernimiento de los designios de Dios, un grupo de cuatro hermanas y Enriqueta pronuncian sus primeros votos. Desgajadas ya de la "Sociedad del Sagrado Corazón", viven en la Grand'Maison, calle de Hautes Treilles. En Navidad los votos perpetuos de Enriqueta y de Pedro, convertido en hermano José María, constituyen la piedra de fundación de la familia que se consagra a los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

Un golpe de estado pone fin al gobierno del Directorio e instaura el Consulado, gobierno militar de tres cónsules, que estará pronto entre las manos de un solo y gran cónsul: Bonaparte. Las guerras se multiplican en el exterior porque toda Europa se ha coaligado contra Francia. Napoleón, cónsul vitalicio y hereditario, conduce a Francia hacia la victoria, su gloria parece anunciar la paz y el bienestar. La Iglesia espera recobrar su libertad, una vez apagado el fuego de la Revolución y del ateísmo. En efecto, en este comienzo de un siglo nuevo, las iglesias se abren y las campanas vuelven a sonar. En los salones aparece el romanticismo y se reniega de "las Luces" que provocaron tal oscuridad.

Enseguida aparece la política del primer Cónsul hacia la Iglesia a la que quiere manejar como un instrumento dócil al servicio de su política estatal. Con el Concordato, que aparenta traer la paz, la Iglesia va a experimentar nuevas dificultades.

Acostumbrada desde su nacimiento a la clandestinidad, como en los tiempos de las catacumbas, la nueva y pequeña Congregación rehúsa la sumisión al Estado y opta - a pesar de los riesgos - por la fidelidad al Santo Padre y a la Iglesia universal. Por las ausencias de las autoridades diocesanas, son los Vicarios Capitulares de Poitiers quienes aprueban la Congregación en 1800. Para los Fundadores, sin embargo, la aprobación tendría mayor valor si viniera del Papa.

Lentamente crece el número de "Celadores y Celadoras del amor de los Sagrados Corazones de Jesús y de María", como les designa el Padre Coudrin, conocido por todos como el Buen Padre. Las primeras celadoras son Enriqueta Aymer, Elena (Gabriel) de la Barre, Teresa de la Garélie, Magdalena Chevalier y Gertrudis Godet. Los primeros hermanos son José María Coudrin, Bernardo de Villemort e Hilarión Lucas, a los que se unirá en

unos meses Isidoro David.

Ellos son los primeros sorprendidos de verse escogidos gratuitamente para hacer avanzar la "Obra" de Dios, esta acción de Dios, de su amor. Esta es la Congregación: acción del amor de Dios, obra y don de salvación para todos.

4. EXPANSIÓN Y APROBACIÓN (1802-1824)

"Este pequeño hombre vuela de victoria en victoria"... escribe la Buena Madre a Gabriel de la Barre. El "pequeño hombre" no era otro que Napoleón coronado en 1804 como Emperador de los franceses. Es signo de que ella no anda lejos de sentir un cierto orgullo patriótico por el hecho del lugar preponderante que Francia adquiere en Europa. Así es, aunque se gima en el país bajo la autoridad de este "pequeño" gran emperador. Su política no acepta la autonomía de la Iglesia y de sus instituciones. Napoleón controla, prohíbe, ordena, utiliza, reconciliado así con el galicanismo.

Este periodo comprende el Imperio y la Restauración. Es la época en que verdaderamente la Congregación se desarrolla. El número de hermanos y hermanas pasa de dieciséis a ciento setenta. Permanecerán en la clandestinidad, sin asistencia legal, no solamente en relación al control del Imperio, sino también durante la Restauración cuya oscilante política, hacia la Iglesia y en materia de educación, estuvo lejos de favorecer la vida religiosa.

En la Iglesia, tampoco se abren las puertas para una aprobación inmediata de la Congregación. El proceso es largo y pasa por encima de las instancias episcopales para dirigirse a Roma y llegar por fin a la aprobación formulada en la Bula "sub plumbo", "Pastor Aeternus" (17 de noviembre de 1817). En Francia, este hecho no es aceptado más que por algunos obispos, y las relaciones con el clero permanecen a menudo conflictivas. Las cartas que presentamos se refieren frecuentemente a problemas. Sin embargo, el Señor se servirá de estos conflictos para trazar la ruta que hay que seguir para la expansión de la Congregación.

Es justamente durante este período napoleónico, sin facilidades eclesiásticas, ni civiles, cuando el camino se abre para llevar esta obra de Dios a otros lugares. Es todavía muy pequeño el grupo poitevino cuando Monseñor de Chabot, pariente de la Buena Madre y fiel amigo de la Congregación, lo reclama para Mende, su nueva diócesis en el sur montañoso. Todos los caminos no están siempre accesibles para la diligencia. El Buen Padre es Vicario de Monseñor de Chabot. La Buena Madre con un primer grupo de hermanas tardará nueve días y medio para cubrir la distancia de Poitiers a Mende, en lugar de los quince días previstos. Día llegará en que tendrá que hacer a caballo el camino de Mende a Cahors. Esta región de fe profunda será fértil en vocaciones para la Congregación. Gabriel de la Barre conserva la responsabilidad del grupo de hermanas que habitan la Grand'Maison de Poitiers. Es entonces cuando comienza entre las dos la correspondencia que presentamos.

El año 1805, con el triunfo de Austerlitz, es como el umbral de la grandeza imperial que va a culminar con la batalla de Wagram en 1809 y el ascenso del emperador a la nobleza de los Habsburgo. Francia goza de la paz interior, aunque paga con su sangre esta Europa gloriosamente ocupada por el Emperador. De Mende la Congregación se expande a Cahors, después a París.

Diversas circunstancias llevan a los Fundadores a instalar la comunidad en el barrio de Picpus en París. Ocupan un antiguo convento con un gran terreno en el fondo del cual se habían abierto las dos fosas comunes en que reposan los restos de los hombres y mujeres guillotinado bajo el Terror en la Plaza del Trono muy próxima. Casa, capilla, cementerio, están marcados por el recuerdo de la revolución todavía presente en el espíritu y en el cora-

zón de hermanos y hermanas. Las familias de las víctimas desean para esos lugares una comunidad orante.

La capilla de Picpus será un lugar de intercesión por Francia y su pueblo, de reparación por el pecado de odio y de violencia que destruyó toda convivencia. Será un lugar de fidelidad a la Adoración para estos religiosos y religiosas cuyo Instituto lleva el nombre de "Adoración perpetua del Santísimo Sacramento". Muy pronto Maria se hará presente porque la Congregación obtiene la antigua estatua venerada bajo el nombre de Nuestra Señora de la Paz. Más tarde esta imagen acompañará siempre a los misioneros por los caminos del mundo.

De esta manera el barrio de Picpus en el que dos casas contiguas ponen a cubierto a los hermanos y a las hermanas, se convierten en el centro de la familia que se llamará "picpuciana". Vive en la capital del Imperio y se resiente duramente de los golpes de la política de Napoleón poco favorable con la Iglesia. Él no está en contra de la vida religiosa como tal ("sólo el clero y buenos seminaristas...") Se sufre de ver al Papa prisionero y obligado a permanecer en el exilio. Se hacen oraciones especiales por él.

En Picpus es donde se celebra en 1819 el primer Capítulo General. Qué grande es la alegría por encontrarse en esta familia que ha crecido, para los compañeros de la primera hora, testigos de tantas gracias de Dios.

Poitiers mantiene su rango en la Congregación. Es la "cuna" en que permanece algo de esa estricta observancia de los comienzos y donde afluyen las vocaciones. En ella se hallan la mayor parte de los bienes materiales (herencias, donaciones). Son gestionadas para ayudar a instalarse, además de mantener las numerosas casas de la Congregación. La administración de estos bienes, la real pobreza de las fundaciones, el cuidado de sostenerlo todo, la alegría de realizar esta maravillosa solidaridad....todo esto se encuentra en la correspondencia entre Gabriel y Enriqueta.

Después de Poitiers, Mende, Cahors y París, vienen Laval, Le Mans, Sées, Sarlat, Tours, Troyes, Mortagne, Vincennes, jalones milagrosos de un servicio a la Iglesia, de adoración eucarística perpetua, de reparación con la entrega total de la vida: acogida de numerosas vocaciones, misiones diocesanas, educación de niños y jóvenes de todas las clases sociales. En esta aventura no faltan el peligro, los conflictos con las autoridades, las rivalidades inútiles, el trabajo agotador, las privaciones y la austeridad, la pobreza que no cuenta con más que con la Providencia siempre presente. Esta historia increíble es la que puede leerse en las cartas de estos pioneros. En las dos ramas, los actores de la primera expansión son en su mayoría jóvenes.

La Restauración de la monarquía de los Borbones trajo la alegría a los miembros de la comunidad en quien la adhesión a los reyes estaba ligada desde sus orígenes a su patriotismo y a su fe cristiana. Sin embargo, no se volverá a la Francia anterior a la Revolución, porque los procesos históricos son irreversibles. Europa y América quedaron definitivamente marcadas por los ideales de libertad, de democracia, de organización republicana, de igualdad y de soberanía que la Revolución proclamaba y que las guerras napoleónicas aportaron con sus victorias. América del Sur está ya en pleno proceso de emancipación; naciones se liberan, repúblicas aún vacilantes se organizan en las antiguas colonias españolas.

La política de los Borbones hace difícil el desarrollo. La Iglesia jerárquica no facilita tampoco la vida de la nueva Congregación que, salida ya de la clandestinidad, cuenta con Roma más que con los obispos franceses. A estos no les agrada verla defender sus derechos con tenacidad, con sus pruebas de apoyo. El Buen Padre se compromete por entero en agotadoras querellas internas.

El gobierno de la Congregación se hace cada vez más difícil para los Fundadores.

Enriqueta está en París y lucha por el mantenimiento de las enormes casas llenas de alumnos, de jóvenes en formación, de religiosas y religiosos, de pensionistas, de familiares y de amigos. El Padre José María Coudrin ejerce su apostolado en otras diócesis buscando campos apropiados donde implantar la Congregación con la esperanza de recoger allí flores y frutos. Así fueron fundadas las casas de Séés, de Troyes y de Rouen. El fundador no deja nunca de marcar a la Congregación con el sello eclesial, la apertura a las necesidades de todos.

5. EL CREPÚSCULO DE LOS PIONEROS (1824-1837)

En 1824, las dos ramas de la Congregación celebran el segundo Capítulo General en Picpus, paralelamente y en comunicación constante. De él sale el texto de las Constituciones que es llevado a Roma por el mismo Fundador. El Santo Padre aprueba nuestra legislación propia en agosto de 1825. Puede ya imprimirse este texto y ponerlo por primera vez entre las manos de cada miembro. El Buen Padre transmitió con alegría a la Congregación esta nueva llamada a ser fieles a la propia vocación.

En el mismo año de 1824, Carlos X sucede a su hermano Luis XVIII. Su coronación en Reims, según el ceremonial tradicional, muestra clara su intención de restaurar la monarquía ignorando el espíritu liberal y democrático que progresa con el siglo y se extiende por el mundo. Como reacción se desatan sentimientos antimonárquicos y antirreligiosos.

En este clima de lucha, en la Congregación, el trabajo apostólico, educador y misionero que adquiere cuerpo vigorosamente, se ve amenazado. La Congregación se prepara para los malos momentos como los que ya ha conocido. Los problemas se agravan con las autoridades eclesiales que no favorecen la vida consagrada. Es un momento difícil para el Buen Padre, Pastor de diócesis y Fundador religioso. Se entrega sin medida para solucionar problemas y permitir la expansión de la Congregación en Francia y fuera de Francia. Las últimas fundaciones emprendidas por la Buena Madre son las de Ste. Maure, Alençon, Rouen, Yvetôt. Para las de Chateaudun en noviembre de 1834 ya no puede acompañar a sus hijas!

Las ordenanzas contra las escuelas en 1828 pusieron en peligro los colegios de las Hermanas y el Seminario de Picpus. La debilidad del rey "piadosísimo", desata una persecución muy anticlerical contra las comunidades. La Congregación vive en la expectativa y en la oración estos momentos que ponen en peligro la formación de nuevas vocaciones, el trabajo apostólico, el mantenimiento del personal. Muchos jóvenes hermanos se encuentran sin actividad. La comunicación entre las comunidades no cesa. Una vez más se confía en la Providencia en medio del peligro.

La mirada de los Fundadores se dirige hacia más allá de las fronteras de Francia con una perspectiva misionera. La Iglesia propone las islas del Pacífico como campo de apostolado. En 1826, los primeros misioneros parten hacia Hawaii. La inmensidad de los mares esconde pequeñas islas dispersas donde viven gentes que, sin saberlo, esperan la salvación de Jesucristo. La ruta pasa por el sur del continente americano, para surcar enseguida el Pacífico desde el sur hacia el norte. Los barcos que transportan a los misioneros de los Sagrados Corazones tocan las costas de América del Sur. Preparan el camino para que la Congregación llegue a una tierra que, abierta, espera la semilla.

Algunos años más tarde Asia Menor (Esmirna) pide una ayuda pastoral; después la misión empieza en América del Norte. Sobrevienen dificultades, a buen seguro. Siempre será así para las rutas emprendidas por estos apóstoles "hijos de la Cruz, para serlo perfectamente del Corazón de nuestro Señor" (Buen Padre).

La situación en Francia evoluciona y constituye una amenaza para el Gobierno y para el Rey. Los acontecimientos se precipitan y llevan a las sangrientas jornadas de la revolución de julio de 1830, que quieren hacer tomar una nueva dirección a la monarquía con el rey burgués Luis Felipe. Días difíciles en que las tropas revolucionarias penetran en Picpus sembrando la inquietud en las comunidades. La correspondencia entre las dos hermanas amigas no refleja estas jornadas, porque esta correspondencia ha cesado...

El 16 de mayo de 1829 muere Gabriel de la Barre. El golpe hiere a Enriqueta como un anuncio de soledad y de muerte para ella también. Herida por la parálisis en el mes de octubre del mismo año, queda prácticamente inválida. Limitada y paciente, esta mujer fuerte vivirá aún cinco años, hasta su entrada en la plenitud de la vida el 23 de noviembre de 1834.

El Padre Coudrin vive estas dos pruebas que sacuden profundamente su corazón de hermano, de amigo, de padre de la familia de los Sagrados Corazones. La muerte de Gabriel, la amiga de la primera hora, el estado de impotencia de la Buena Madre y los problemas que por ello surgen en la administración de Picpus, los conflictos en Francia a nivel político y eclesial, los conflictos en el interior de la Congregación en desarrollo, todo esto mina su resistencia, su coraje. En 1837, el lunes de Pascua, el Buen Padre franqueaba también el umbral hacia la Resurrección. Puede creerse que estas últimas preocupaciones impulsaron la Congregación y su expansión misionera hacia otros continentes. La obra de Dios proseguía.

6. LA CONGREGACIÓN EN 1837

Si nos atenemos a la difusión geográfica, nos parece relativamente importante: 21 casas en Francia: la Grand'Maison de Poitiers en 1797; Mende, 1802; Cahors, 1803 ; París 1804, que en 1805 trasladó su sede a Picpus y se convirtió en la Casa General; en el mismo 1804, la fundación de Laval; en 1805, Pont-Lieu (Le Mans); en 1806, Sées. Luego de una pausa producida por la situación política, en 1815, Sarlat (Périgueux); 1818, Rennes; 1819, Tours; en 1820, Troyes; en 1821, Mortagne; 1824, Vincennes; 1826, Sainte-Maure (Tours); 1828, Alençon (Orne); en 1829, Rouen e Yvetôt ; y luego de una pausa producida por la situación política, y en parte por la explosión misionera, en 1835, Coussay-les-Bois y Saint-Servan ; para terminar con La Verpillière en 1836.

A pesar de eso, si consideramos al personal, la Congregación no era enorme, especialmente en la Rama de los Hermanos. Había 125 sacerdotes, 8 hermanos de coro y 143 laicos, entre estudiantes y conversos, no fáciles de discernir en los documentos.

El reclutamiento había sido siempre difícil en esta rama. Antes que nada por la situación de clandestinidad práctica en que la Congregación había vivido sus primeros veinticinco años, sin reconocimiento oficial por parte de los obispos, como hemos hecho notar en su lugar. Era también un poderoso desanimador para muchos el régimen de vida que mezclaba la austeridad trapense con la dureza del trabajo apostólico, especialmente en los internados.

Ni se debe olvidar que los reclutamientos masivos de la Revolución primero, y luego de Napoleón, diezmaron a los jóvenes de Francia y dejaron a las familias en duras condiciones. Esto de 1791 a 1814. Los campos de batalla de Europa se llenaron de cementerios. Durante la Restauración (1814/1830) se produjo un tiempo de mayor libertad, celebrada a veces con demasiada euforia. A partir de las Ordenanzas de 1828, con el cierre de los colegios y seminarios, el reclutamiento sufrió una asfixia que costó mucho superar. Hay que añadir que desde 1830/1831, con la destrucción del seminario de Picpus se acentuó

más la crisis. Habían muerto 19 sacerdotes y 42 profesos y se habían retirado 20 sacerdotes y 39 profesos no sacerdotes.

En la Rama de las Hermanas había 712 profesas de coro y 414 conversas, en total 1.125 hermanas. Habían muerto 356 hermanas de coro y 130 conversas y se habían retirado 42 de coro y 5 conversas. Hay que notar que la elevada cifra de fallecidas entre las hermanas, si se toma en cuenta que entraron en la Congregación en edad más madura que de ordinario, a causa del decenio revolucionario, que les obligó a postergar su ingreso a la vida religiosa, no parece tan diferente de la media de esa época.

En Francia, la gente llamaba a las casas de las hermanas "La Adoración", lo que dice algo del impacto que producía el hecho de la Adoración Perpetua en las 21 ciudades en que estaban establecidas. Los hermanos estaban presentes en todas las casas de las hermanas, con el Superior y algunos hermanos conversos. Obras, los hermanos tenían tan sólo en diez de esas ciudades: Poitiers, Mende, Cahors, París, Laval, Tours, Rouen, Troyes, Sarlat y Saint Maure.

El ímpetu misionero, que desde 1826 soplaba sobre la Rama de los Hermanos, los había sembrado en una extensa geografía. El P. Coudrin había hecho partir 8 grupos misioneros. El primero (20/11/1826), hacia Honolulu, con el P. Bachelot. El segundo (27/7/1833) a Pleasant-Point, en los Estados Unidos. El tercero (16/10/1833) a Babilonia (Bagdad) y Esmirna, con Monseñor Bonamie. El cuarto (31/1/1834) al Pacífico Sur-Valparaíso (Chile) y Gambier - con el P. Liausu. El quinto (29/10/1834) con Monseñor Rouchouze, Primer Vicario Apostólico. El sexto (4/5/1835) con refuerzos para Esmirna. El séptimo (16/12/1835) con refuerzos para el Pacífico Sur y Valparaíso. El octavo (24/12/1836) también para el Pacífico. En total, sumaban 2 obispos, 18 sacerdotes y 11 hermanos.

Las hermanas no habían partido aún a las misiones. El Fundador preparaba la fundación de Valparaíso, pero no alcanzó a verla. No se crea por eso que las hermanas estuvieron marginadas de la misión. Lejos de eso, desde 1826, era la intención predominante de la Adoración, que se había vuelto misionera, ya desde 1820 con las misiones diocesanas de Troyes. El éxito del anuncio del Evangelio en ese dilatado *frente*, estaba presente en cada turno, día y noche. Las hermanas se sentían misioneras por su Adoración y los misioneros se ufaban ante sus neófitos de que en 21 ciudades de Francia, a cada hora del día y de la noche, se estaba rezando por ellos. En un año y poco más, se había logrado la conversión masiva de las Islas Gambier, del canibalismo a una fraternidad cristiana: eran un hermoso fruto del Espíritu y una confirmación de la comunidad en su misión de *llevar el Evangelio a todas partes* y una muestra del Amor de Dios por *su pequeño rebaño*.

Al menos en Francia, a las 20 hrs. se cantaba en todas *la Salve* a la Virgen. Era un momento de intensa comunión al amparo de María. Todos sabían que en ese momento todos estaban junto a la Madre de Jesús, como los Apóstoles en el Cenáculo. Hasta los misioneros hacían sus largas navegaciones calculando esa hora precisa para estar también ellos en la *Salve*.

PERFILES :

Enriqueta Aym er

Gabriel de la Barre

1. - DESDE SU CORRESPONDENCIA:

A. ENRIQUETA AYMER

ALGUNOS RASGOS DE SU PERSONALIDAD

El artículo precedente nos ha hecho descubrir el panorama de Francia y de la Iglesia en la época histórica en que vivieron Enriqueta y Gabriel. Sus cartas, al contrario, contienen abundantes referencias a su pequeña historia personal y comunitaria.

Para llegar a conocer a alguien hay que escucharle, sorprenderle en sus trabajos ordinarios o bien - si ello es posible- penetrar en sus escritos más personales. Es lo que hacemos al abordar la correspondencia entre Enriqueta Aymer y su más íntima amiga, Elena de la Barre (Sor Gabriel). Hemos intentado servirnos de las cartas de la Buena Madre, no a través de un estudio exhaustivo sino espigando entre líneas lo que nos parecía más evidente. Si otros hermanos o hermanas quieren llegar más lejos en este camino, quedaremos satisfechos de haber suscitado nuevas iniciativas.

Por otro lado, este conjunto de cartas, escritas en un estilo familiar y ante todo práctico, nos procura ciertos esclarecimientos que nos permiten imaginar con mayor realismo lo que fue su vida en el espacio y en el tiempo en que se desarrolló su existencia, permiten situarlas en su marco.

PRIMERA IMPRESIÓN

Lo que llama la atención es, en primer lugar, la frecuencia de las cartas. De 1802 hasta 1804, Gabriel es casi la única correspondiente de la Fundadora: es la primera vez que las dos amigas se separan y la comunicación llega a ser para las dos una necesidad. Hay que tener también en cuenta la situación geográfica de Mende en relación con Poitiers. Aún hoy, con nuestros medios de transporte, el itinerario trazado en esta región montañosa es impresionante. El aislamiento en que se encontraban era grande y el pensamiento de volver a verse parecía fácilmente poco probable. Añadamos la "rapidez" del correo: ¡sólo hacían falta nueve días para el trayecto normal! Y sin embargo, Enriqueta se queja, con razón, de que las cartas de Poitiers tardan quince días o más en llegarle; se pregunta qué medio utiliza Gabriel.

Esta correspondencia nos revela la extrema pobreza de las primeras fundaciones: faltan a veces las cosas más elementales y se alegran de haber conseguido "los cuatro muros, nuestras camas y cuatro sillas que nos han prestado". Tienen deudas a menudo. A veces la falta de medios impide admitir vocaciones numerosas.. Para remediar tales situaciones de penuria extrema Enriqueta recurre a la Providencia divina.. y a la ayuda generosa de la casa de Poitiers, por medio de Gabriel! La mayor parte de las cartas contienen una petición de ayuda y se puede deducir que sólo la Grand'Maison contaba con "entradas" -poco numerosas- para sostener financieramente a la Congregación naciente.

El estilo es familiar y sembrado de expresiones poco fáciles de entender para los no iniciados en este lenguaje interno: "El Incomparable" o "Señor Jerónimo" (el Buen Padre), "mi equipaje"(los instrumentos de penitencia que la Buena Madre llevaba, aún durante sus viajes), los apodos variados dados a las personas de las comunidades y del exterior... Al

leerlas, todo esto produce la impresión de estar escuchando la voz animada de esas familias numerosas y muy unidas en las que hay suficiente dinamismo como para inventar su propia terminología.

Podrían anotarse otros aspectos anecdóticos. En referencia con las enfermedades, frecuentes y numerosas, las ideas de la Fundadora sobre la medicina son pintorescas... Sucede lo mismo con sus comentarios sobre los alimentos, los vestidos, la estructura en las primeras comunidades... Pero es preferible saborear todo esto al hilo de la lectura. Cada uno encontrará en ella, sin duda, elementos que le permitirán situarse mejor en los primeros tiempos de nuestra historia de familia.

FISONOMÍA HUMANA

En su correspondencia con Gabriel de la Barre, Enriqueta se nos muestra como una mujer de *sentido práctico*¹: vive y habla con los pies en la tierra. Escuchémosla ofrecer "muselinas bordadas soberbiamente y muy baratas" a cambio de un "linon" (bautista muy fina) imposible de encontrar en Mende, o pedir que se le envíen cosas que tienen sin usar en Poitiers y que serían muy útiles a las hermanas de Mende, o sugerir que se le envíen ciertas personas "porque hablan francés (y no el dialecto de Mende, "languedoc") y así no tendrían la facilidad de cotillear... Todo esto revela una visión realista siempre coloreada de *ingeniosidad* y de un *sentido del humor* que la hace reírse de sí misma o darse cuenta de lo cómico que resulta un vestido, una situación, una actitud...

Este realismo la lleva al *conocimiento de sí misma*, a veces para criticarse duramente o para creerse causa de sufrimiento para las otras, a veces para burlarse o ridiculizar su situación y siempre para renovar la expresión de su reconocimiento al Señor que la ama y que la ha escogido a pesar de todo.

Esta misma visión realista le permite el *reconocimiento de las personas* expresado con clarividencia, a menudo con humor, en frases breves, casi taquigráficas. Dibuja así todo un retrato, pero sabe combinar de manera equilibrada la objetividad, la comprensión y la delicadeza. En la mayor parte de los casos la apreciación pertinente o ingeniosa va paralela con la sugerencia de lo que conviene para cada una. Es cierto que demuestra una invencible parcialidad con las "devotas" o con las personas que "esconden las uñas", pero acabarán por mostrar "las garras". Hace que recordemos a Jesús de Nazaret que no se irritó más que ante la hipocresía farisaica.

Conociendo a la destinataria de estas cartas, es normal que el *sentimiento de amistad* sobresalga en ellas. Esta amiga es una necesidad vital para Enriqueta. Desde la primera carta que expresa el dolor de la separación hasta la última, las expresiones de amistad son innumerables, muy variadas y de una extraordinaria riqueza de imágenes. Distingue claramente la amistad verdadera de otros géneros de relación. No solamente la vive, sino que la *valoriza* y la *aconseja*. Recomienda a Gabriel que aproveche la gracia de tener un alma a quien confiarse (el Padre Isidoro David) lo que, para la Fundadora, es un regalo de Dios. Probablemente da tanto más valor a la amistad por cuanto ella misma siente mucha dificultad para abrirse íntimamente (por ejemplo cuando se trata de hablar con el Buen Padre de sus experiencias espirituales). Esta actitud es lógica en una *sensibilidad* tan viva como la suya. Merecería la pena realizar un estudio profundo de la riqueza expresiva de sus frases afectuosas. Se reúnen en ella su sensibilidad de artista y la fuerza de sus sentimientos, y nada le parece excesivo para manifestarlos. A pesar de todo, deja entender casi siempre que

¹ Las palabras en cursiva no están así en el original. Es en la traducción como una llamada de atención para ayudar al lector a fijarse en un cambio de tema, sin que sea de una exactitud matemática.

las palabras son impotentes para transmitir lo que querría.

Pero en la mujer sensible, amigable, ingeniosa, hay también una persona que ejerce de manera responsable las funciones de *gobierno*. ¿Cómo vive esto? Podemos descubrirlo a través de sus confidencias a Gabriel que, aún siendo su amiga más íntima, comparte con ella la responsabilidad de la Congregación. Como superiora, pide y practica ella misma una actitud de *discernimiento*, que iluminado por la fe, hace ver la acción que hay que realizar, en todo instante y en relación a cada persona. Sorprende ver que -a pesar de una manera de obrar que podría parecer maternalista o centralista por los detalles ínfimos en que interviene- Enriqueta se preocupa por ejercer la subsidiariedad: "*No es que yo quiera atentar a vuestros derechos*", escribe a Gabriel.

Ingenuamente deja transparentar una *cierta diplomacia*, sobre todo cuando se trata de personas oficiales o de evitar situaciones difíciles. "*Es necesario, en nuestra situación, hablar muy poco, causar la apariencia de agradar, no conceder demasiado, pero no dar la sensación de rechazar*". Se diría que ha comprendido bien las palabras del Señor acerca de la serpiente y de la paloma. Pero, sobre todo, la preocupación que tiene por *cada persona* es característica de su manera de gobernar. Aquí es donde aparece realmente "la Buena Madre": adivina, con asombrosa minuciosidad, la necesidad que puede tener cada uno, ya se trate de hermanos o hermanas que acaban de llegar, de quienes pertenecen a regiones diferentes, de personas tímidas, o al contrario de las que son demasiado atrevidas, etc... En cada caso, quiere que se adopte la actitud adecuada y generalmente es la buena.

Su personalidad de *educadora* se manifiesta en la misma línea. Sabe que la primera cosa que hay que hacer con los niños es la de ganárselos por el afecto. También piensa que es importante adaptarse a cada lugar: "*No tenemos aquí (en Cahors) la misma manera de pensar sobre la educación, en lo que se refiere a nosotras, que la que tenéis en Poitiers*". Por lo que se refiere a la instrucción, parecen suficientes los conocimientos elementales: "*Enseñadlas a contar; las cuatro reglas indispensables*". "*Enseñadlas la gramática, a contar, a escribir y a leer latín*". Desea que se vistan bien las niñas y quiere ante todo -lo sabemos desde siempre- que "se encuentren a gusto entre nosotras y que sean felices". Conoce y ama a cada alumno, chico o chica; en algunas cartas anuncia curiosos envíos y oímos hablar de sus amabilidades y de las ocasiones en las que su habitación servía de enfermería para los niños. Pero todo esto (sin duda una respuesta a la vigente necesidad del momento) no es el motivo final para Enriqueta. En sus cartas aparece como una obsesión la urgencia de *restaurar la fe* en una sociedad descristianizada. Leyendo sus recomendaciones en materia de educación, podríamos a veces preguntarnos si se dirige a los alumnos o a las hermanas: señala un plan de formación y de prácticas cristianas que parecían quizás más apropiados para las religiosas. Hay que tener en cuenta el hecho de que este era el sistema habitual de la época y aquel que Enriqueta había conocido durante el tiempo en que fue pensionista de la Santa Cruz (Poitiers).

Todas estas cartas expresan una afectividad calurosa y profunda por cada persona, el *espíritu de familia* que ella quería dejar como signo y que hacía decir a Gabriel: "En las casas en que habitáis, hay una *vida* que jamás habrá en otro lugar".

El mismo espíritu de familia se manifiesta igualmente en *sus relaciones con los hermanos SS.CC.* Se interesa por los que llegan a Poitiers por primera vez y pide para ellos comprensión, cuidados, atención a cuanto puedan necesitar. Está inquieta por la salud de Isidoro "mi buenísimo hermano" y desearía sufrir en su lugar. Habla de cada uno con esa mezcla de afecto, de comprensión y de inteligencia que la caracteriza y se observa que su acción de gobierno se extiende también a la rama masculina. Por otro lado, su veneración por el sacerdocio y quienes lo ejercen aparece frecuentemente, no tan sólo cuando se dirige al Fundador (¡cómo multiplica entonces sus expresiones de admiración y afecto!), sino

también hablando de otros. El tándem Buen Padre-Buena Madre, como el formado por Isidoro y Gabriel, presenta una enorme riqueza de matices sobre los que sería interesante detenerse para darles más relieve que el que permite este rápido estudio. *Familiaridad*: cartas comenzadas por uno y terminadas por la otra o viceversa. *Amistad* auténtica. ¿Quizás una recíproca dirección espiritual? Enriqueta aconseja a Gabriel aprovechar la sabia dirección de Isidoro, pero en otros momentos es al contrario: le dice cómo debe orientar la distribución del tiempo que Isidoro consagra a la Adoración y a las confesiones.

FISONOMÍA ESPIRITUAL

Nos hemos detenido más sobre los rasgos de la fisonomía humana de la Fundadora que lo que vamos a hacerlo sobre su *espiritualidad*. Es que, en realidad, en su correspondencia la espiritualidad ocupa muy poco espacio. Se diría que es como la atmósfera que la Buena Madre respira. En medio de los asuntos de gobierno, las preocupaciones materiales, los temas referentes a personas o a acontecimientos, surgen como rayos pensamientos sobre Dios, su concepción personal de la relación con Dios, lo que "ve" ser la voluntad del Señor sobre ella o los otros. Son en general frases breves y expresivas (algunas repetidas como ritornelos) que de ningún modo constituyen un cuerpo doctrinal elaborado, pero que dejan percibir algunas características de su actitud ante Dios. En su conjunto la Fundadora vive una espiritualidad *sin complicaciones*, "a la pata la llana", dice ella. Quizás se deba a esto el que tenga tanta aversión a "las devotas". Es muy *consciente de su pobreza* ante el Señor, a veces esto constituye un freno para atreverse a pedir gracias precisas. El eje central de su vida interior podría resumirse en el don de sí misma, don total, gratuito, sin reservas ni compensaciones, que traduce en fórmulas breves y variadas que lanza constantemente como un consejo a los otros o un deseo para sí misma: "*Todo por Dios*", "*seréis capaz de todo si no pensarais tanto en vos*", "*Dios mío, heme aquí*". Es el eco de su primera conversión: "*Si me confieso, quiero confesarme absolutamente, con la firme voluntad de una conversión total que no rehúse nada a Dios*"

Una paradoja de Enriqueta es la necesidad de alegría a todos los niveles de su existencia y esa especie de angustia interior que, dice ella misma, es contraria a su temperamento y que a veces la paraliza. Ciertamente estamos ante una experiencia mística difícil de explicar y que, por otra parte, está perfectamente de acuerdo con la espiritualidad del momento.

Hemos hecho hasta aquí una enumeración sumaria de lo que la lectura de esta correspondencia nos ha surgido. Pero es la misma Enriqueta quien nos va a hablar a través de estas cartas. Muchos hermanos y hermanas que las leerán, encontrarán elementos nuevos para conocer mejor la personalidad de esta mujer que fue, en nuestros orígenes, "la luz" sobre "el candelero" (Buen Padre) y que iluminó el primer recorrido de nuestra familia. Nuestro deseo es que sea así y que al final de este primer esbozo, podamos escribir de verdad: "continuará".

B. GABRIEL DE LA BARRE

NOTAS BIOGRÁFICAS

Nacimiento: 18 de agosto de 1771 en Poitiers.

Familia: pertenece a la nobleza. Es originaria de Beauce y tiene muchas ramas. Una de estas ramas llega al Poitou a finales del siglo XVI.

Su padre: Gaspar Alexis Thibault José de la Barre, se casó el 9 de agosto de 1770 con Catalina Genoveva Levesque, originaria de St. Domingue. El padre de Elena había muerto en St. Domingue poco después de 1789. La señora de la Barre murió en Poitiers el 6 de noviembre de 1812.

Su hermano y hermanas:

- Gaspar emigrado en 1791. Combatió en el ejército del príncipe de Condé como Luis Aymer de la Chevalerie. Murió volviendo a St. Domingue en 1794.
- Teresa Paulina Margarita, desposó con Carlos Villeneuve, Conde de Vitrá. Entre sus hijos, Julio y Zabeth son mencionados en las cartas.
- Antonieta, célibe, murió el 28 de marzo de 1795.
- Emilia, nacida en 1778, murió en 1780 a la edad de 18 meses.

Antes de la Revolución la familia de la Barre reside en Poitiers en el Hotel de la Barre, calle de l'Eperon (espuela) o cerca de Bonnes en el castillo de Loubressaq. Debían existir relaciones cordiales entre las dos familias de la familia poitevina: los "de la Barre" y los "Aymer de la Chevalerie".

En los días más sombríos de la Revolución Francesa la señora de la Barre y sus tres hijas, Elena, Teresa y Antonieta fueron encarceladas el 28 de marzo de 1794 en las "Hospitalarias" porque el hijo había emigrado. La señora Aymer de la Chevalerie y su hija Enriqueta ya estaban allí prisioneras desde el 22 de septiembre de 1793.

La salida de la prisión tuvo lugar el 6 de septiembre de 1794 para la señora de la Barre y sus hijas y el 11 de septiembre de 1794 para la señora Aymer y su hija. Es posible que los lazos de amistad entre Enriqueta y Elena se hubieran profundizado durante su común encarcelamiento.

Asociación del Sagrado Corazón Encontramos a ambas en la Asociación del Sagrado Corazón, establecida en Poitiers, calle de Olerons, por la señorita Geoffroy.

- Elena es admitida en la Asociación "desde la salida de la prisión", pero parece que primero fue externa y no se encontró definitivamente con la Buena Madre más que en la Grand'Maison, el 22 de diciembre de 1798 (Cf cartas 478 y 536 del 22.12.1827 y 22.12.1828)
- Enriqueta no será admitida en la Asociación sino en marzo de 1795. Se puede encontrar en las "Memorias de Gabriel de la Barre", publicadas en "Annales" nº 31 (1962) el relato de la evolución del grupo de las "solitarias" que se estableció en la Grand'Maison el 29 de septiembre de 1797.

Los compromisos de Sor Gabriel de la Barre

- Primeros votos: 20 de octubre de 1880
- Votos perpetuos: 2 de febrero de 1801

- Firma la súplica dirigida a los Vicarios Capitulares de Poitiers como “Maestra de Novicias”.
- Fue superiora de la casa de Poitiers desde agosto de 1802 hasta su muerte el 6 de mayo de 1829.
- Fue miembro de los dos Capítulos Generales de 1819 y 1824. Le debemos escritos diversos: "La Buena Madre", “Notas sobre la Congregación”, "Memorias",...
- Su muerte: Gabriel de la Barre murió el 6 de mayo de 1829 (Cf cartas 555 y 556).

ALGUNOS RASGOS DE SU PERSONALIDAD

Apenas llegada a Mende en 1802, la Buena Madre redacta el acta de nombramiento de Gabriel (Elena), primera historiadora de la Congregación, como Superiora de Poitiers. Desde esa fecha hasta la muerte de Gabriel en 1829, las dos amigas mantienen una correspondencia nutrida, Gabriel desde Poitiers y Enriqueta desde las diferentes casas que funda, después desde Picpus donde ella reside. Esta correspondencia da las principales noticias de la naciente familia. Las cartas son un eco de las preocupaciones, oraciones, sufrimientos, alegrías, del desarrollo o de los fracasos, de las dudas y... ¡de muchas dificultades! Son el reflejo de la aventura de los que comienzan, de una inmensa y sólida confianza en Dios y del don total de los que saben que construyen en las dimensiones de la eternidad de Dios. El amor a la Congregación es la gran pasión de la vida de Gabriel. Sus esfuerzos se traducen en acciones concretas, mantenidas con eficacia. Vive intensamente la comunión con los Fundadores y con el grupo de la primera hora. Tiene una mala salud y mucha exigencia ascética, es infatigable en el trabajo y se preocupa por la administración, por las hermanas, por las vocaciones, la formación, la educación, las difíciles relaciones con la Iglesia y el Gobierno, los vaivenes de la política... Todo esto gastó su vida. A los 58 años muere en Poitiers, en la primavera de 1829.

ENGARZADA EN LA HISTORIA

Sus escritos están cuidadosamente redactados en un *estilo propio* de las personas de alto rango en la sociedad francesa del siglo XVIII. Si hay en Enriqueta mayor vivacidad, espontaneidad y buen humor, en Gabriel se encuentra la exactitud de la frase, el tono apropiado y un vocabulario variado. Se dirige respetuosamente a los Fundadores a pesar de tantos años de intimidad. Este formalismo va unido a una sumisión empapada de afecto, por ejemplo cuando termina así la carta: "*Os suplico que conservéis un poco de bondad para quien tiene el honor de ser vuestra humilde y muy obediente...*" Hay que tener en cuenta también, a buen seguro, la obligación de disimular la existencia de relaciones como hermanas y religiosas, por razones políticas, en vista de la situación clandestina de la primera comunidad.

Sigue de cerca los *acontecimientos* en Francia, lo que sucede en el Gobierno, en la Iglesia, especialmente en ciertos aspectos de la villa de Poitiers. Da cuenta minuciosamente de su administración y pide fácilmente consejo. Es perspicaz para escribir a las hermanas con las palabras oportunas.

Encontraremos en las cartas el reflejo del clima de tensión política con alusiones, en las dos correspondencias, a asuntos prohibidos o sobreentendidos. Las noticias no faltan sobre los nuevos obispos, curas refractarios o juramentados, el retorno de emigrantes y de nobles

empobrecidos, las guerras de Napoleón, la decepción ante la espera de la Restauración. En 1807 pretende contratar a un prisionero prusiano como hortelano y al comienzo de la Revolución utiliza con desenvoltura el lenguaje oficial -y ateo-: "*lo que debería pagarse en germinal, no lo será más que en prairal*" (nombres de los meses del calendario republicano establecido por la Convención de 1793), etc.

Lo que la preocupa es la lenta reconstrucción de la Iglesia de Francia y los caminos seguidos por la Congregación, en un mundo eclesial y social que no los facilita de manera alguna. Sus comentarios políticos, sus temores y también las audacias del momento, son acompañadas de descripciones y argucias administrativas cuando se trata de que los bienes de la Congregación alcancen a sostener tantos proyectos y nuevas implantaciones. Conoce a los hombres de negocios, afronta a los notarios, los granjeros, los conocidos de las hermanas, los abogados.. Habla de fortunas poitevinas y de sus vicisitudes, de querellas y de procesos, de influencias económicas y sociales. La historia de la villa de Poitiers está siempre presente, como telón de fondo, en la correspondencia entre estas dos hijas de la villa.. Gabriel se lamenta a menudo de visitas frecuentes y de contactos que apenas la dejan tiempo para ocuparse de la comunidad. Nos describe así, con una suave pincelada, la "pequeña historia" de la antigua ciudad, rica en historia de mujeres célebres.

GRÁFICO DE PASIONES

A través de la redacción respetuosa y a veces demasiado formal de estas cartas, aparecen los rasgos de la personalidad de Gabriel.

Extremadamente sensible, goza y sufre, de la proximidad y del afecto o de la lejanía y silencio de aquellos a los que ama. Todo cuanto se refiere a los Fundadores y a la vida de la Congregación la concierne personalmente y lo vive con una intensidad que la agota. Se la siente herida por el olvido, por el retraso de una carta, por la distancia. Se hace susceptible o suspicaz si no recibe noticias o si aparentemente se la olvida. Aparece entonces sombría y hundida en un descorazonamiento que, unido a su mala salud crónica, se aprecia en su correspondencia. Y especialmente si se trata de la Buena Madre, del P. Coudrin o de su querido amigo el P. Isidoro David.

La Buena Madre intenta corregir este aspecto frío y severo que no contribuye a mantener a las personas "a gusto", ese aparente orgullo, esa frialdad. Gabriel hace valer su incorregible timidez y la Buena Madre le desea estar "*menos agobiada en esa especie de dolor apático que marchita el alma*". Gabriel reconoce que le cuesta ser agradable, que la vida es para ella un peso, que se encuentra "*demasiado envuelta en una sombría melancolía*". De ahí esa aparente falta de coraje y esa inseguridad. Sin embargo, su adhesión a la cruz de Jesús, a su dolor interior, es más fuerte, lo mismo que su confianza en ese amor que será siempre nuestro sostén y la fuente de nuestro coraje.

Pero cuando *el bien de la Congregación* está en juego, Gabriel vuelve a ser la mujer fuerte. No se anonada fácilmente, tiene mil recursos para administrar y encontrar soluciones cuando se trata del progreso de esta obra, del bien de la casa, de las casas, de las hermanas y de los hermanos. Los niños dan libre curso a su ternura ante su presencia y sus caricias. Le agrada ver crecer a las niñas y descubrir en ellas los signos prometedores de futuras estudiantes y nuevas vocaciones. La amistad hace crecer en ella la alegría de vivir y favorece la expresión de sentimientos femeninos y maternos. No se puede silenciar su afecto por la Buena Madre, señal de entrega, de fidelidad por seguir el mismo camino, de respeto debido a su cargo, de confianza en su visión carismática, con un tanto de posesividad celosa que manifiesta con humor cuando se trata del Buen Padre o del amigo Isidoro. Su pluma no teme expresar lo que siente en su corazón noble y lleno de abnegación. Siempre,

en cada evocación de su vida íntima se halla el nombre de Dios, su voluntad, una fidelidad no desmentida, la ofrenda sin reserva que Él exige, la certeza de que su Providencia amorosa no abandona jamás.

ESPIRITUALIDAD

Su espiritualidad se expresa casi de ordinario con *acentos de sufrimiento*. Podríamos atribuirlo a un cierto género de devoción lacrimosa de la época. En esta encontramos siempre la cruz, el dolor, las lágrimas, la vida que no es más que sufrimiento, la muerte, la crucifixión en unión con el Corazón de Cristo. Para comprender esto, tanto en Gabriel como en Enriqueta, hay que recordar las circunstancias tan difíciles y dolorosas, los peligros inminentes a los que debió enfrentarse la primera comunidad. Las amenazas de la autoridad civil o eclesial -verdaderas persecuciones- la pobreza, las enfermedades que diezmaron rápidamente las comunidades, estos son los temas de la correspondencia. Jamás conocieron la tranquilidad ni la menor seguridad. Sus cartas siempre fueron escritas en momentos difíciles. Jamás pudieron planificar serenamente el tiempo precioso que volaba demasiado rápido.

"La pesadumbre nos fuerza a menospreciar la vida". "Todo cansa en la vida. ¿Cuándo podré pues no vivir más que de la Santa Voluntad de Dios?". La sumisión total a esta santa y amada voluntad de Dios, este fue su deseo hasta el último momento.

Sus cartas son cartas de asuntos variados; es difícil encontrar en ellas una expresión de *su espiritualidad como un todo*. Cortas frases que saltan aquí y allá nos iluminan sobre su permanente unión a Dios, sobre su fidelidad a las horas de la Adoración eucarística, su vida de ofrenda reparadora, su amor y la confianza que pone en el corazón del mismo Dios. A medida que pasa el tiempo, aparece una paz serena conquistada y recibida como un don. Las enfermedades aumentan así como los trabajos, pero ella acepta mejor su impotencia, aunque esté muy preocupada de la comunidad en la que ya va estando menos presente.

Con gran alegría relata los éxitos del Buen Padre, habla de las nuevas fundaciones, de la actividad tranquila y dinámica de la Buena Madre. La aprobación de la Congregación, las primeras Constituciones, las misiones que se anuncian, el celo de los hermanos en las misiones parroquiales, todo esto la llena de esperanza. Sabe que no está equivocada. Hablar de la Congregación es para Gabriel expresar su confianza en Dios, la certeza de que nos guarda. El recuerdo de tantas gracias recibidas ilumina sus cartas.

SUPERIORA

Durante estos años Gabriel ha ejercido minuciosamente y con propia entrega *su papel de autoridad* en la comunidad religiosa. Se aprecian en ella los dos aspectos de maternidad y de autoridad. Está abierta a la vida, al crecimiento de las personas y de la obra, a la regularidad, a la piedad, disposiciones que traducen exteriormente el don de cada hermana.

Sus cartas revelan un juicio seguro - a veces perspicaz - sobre el carácter de cada hermana. Se considera siempre como *formadora*. Quiere enseñar siempre los conocimientos básicos y orientar a las jóvenes hacia el bien. Quiere crear un clima comunitario tranquilo y fervoroso y por esta razón son temidas las "malas cabezas" que perturban. Todos los empleos son importantes, especialmente la cocina y la vigilancia de las pensionistas. Confía a la Buena Madre sus ideas para hacer progresar a la comunidad: cambiar, mejorar, desplazar, traer, conducir, corregir de mil maneras.

La Buena Madre la aprecia como superiora y guía del grupo. Desde el mismo día de

la primera separación con la salida de Poitiers, la Fundadora asegura constantemente a Gabriel con su apoyo y le repite su satisfacción de ver que la casa de Poitiers va bien, lo que la hace experimentar "Una muy real satisfacción" (1802). Si, en uno u otro momento, hay desacuerdo acerca de cualquier medida tomada por Gabriel, la Buena Madre se lo dice con su habitual franqueza mezclada de bondad. Si queda alguna duda, le pide que haga una novena de oraciones al Espíritu Santo, a Sta. Radegunda, que recite las letanías de la Virgen María u otras oraciones y reconsidere la actitud que hay que tomar. La estimula siempre a arreglar las cosas desplegando toda su seducción y usando de sus sutiles reglas de gobierno - mezcla de diplomacia, de afecto y de verdad - que caracterizan la manera de gobernar de Enriqueta. Sus consejos permiten a Gabriel afrontar las dificultades que encuentra con sus obispos, los hombres de negocios, los constructores, los sacerdotes, los vecinos, los hombres políticos, los hermanos y hermanas, las familias y los comerciantes. Siempre es el bien de la Congregación lo que busca con perseverancia y la aceptación de resultados contrarios, si Dios así lo permite.

Gabriel consulta siempre a la Fundadora y quiere conformarse a su punto de vista. La veremos manifestar su impaciencia cuando no recibe respuesta y hasta la cólera cuando sabe que las cosas podrían haber podido arreglarse si el correo hubiera llegado a tiempo. ¡Habría podido ella solucionar todo esto completamente sola! Estas dos mujeres tenían el don del mando, pero Gabriel escogió desde el lejano encuentro de 1795, desaparecer, borrarse, ante la personalidad carismática de Enriqueta Aymer de Chevalerie.

ADMINISTRADORA

Sobresale en la *administración de los bienes* - tan poco numerosos - de la naciente Congregación. Estos bienes son en su mayoría dotes y herencias de la Región de Poitiers. Hay que recoger las rentas, poner fin a los procesos, vender o comprar propiedades. Hay que pensar en todo, velar sobre el trabajo, la lavandería, la cocina, los dos pensionados y las dos comunidades (hermanos y hermanas), la sacristía, la construcción de la capilla... Todo esto agota a Gabriel.

En casi todas las cartas aborda las cuestiones financieras y la Buena Madre, muy a menudo, le pide que le envíe con urgencia dinero. Gabriel da todo por ayudarla y se prodiga en trámites, arreglos, transacciones, todo con tacto y firmeza: la Congregación no debe perder. Tiene igualmente entre las manos los asuntos financieros de las familias Aymer de la Chevalerie o de Viart, por delegación dada por Enriqueta o Francisca... y en ambos casos no faltan las dificultades... ¡ni los bienes que gestionar!

Al dinero enviado añade el afecto y los gestos delicados que los manifiestan: provisiones, telas, vestidos, libros. Envía a París frutos de la huerta de Poitiers (las deliciosas peras), un pavo para Navidad, tijeras para la Buena Madre, gorros y vestidos nuevos para la enorme comunidad de Picpus, un alba bordada para el Buen Padre, etc...

A veces se propone un trueque: se puede comprar en Mende una soberbia muselina bordada, pero "ni una vara de bautista fina" como se encuentra en Poitiers. La Buena Madre sugiere a Gabriel repasar el contenido de los armarios pensando en la nueva casa. Envía zapatos nuevos a Gabriel quien se declara calzada "como una princesa". Las consideraciones económicas contenidas en ciertas cartas, ponen en claro el espíritu práctico, el buen sentido realista de cara a la familia que crece, a la necesidad de pagar "cada día al panadero" y afrontar mil imprevistos grandes y pequeños. Pero siempre, más allá de los cálculos preocupantes, predomina la confianza en la Divina Providencia, que no les ha faltado. Acaban por admitir, sin pensión o sin dote, alumnas y vocaciones, cuando descubren sus cualidades y la pobreza que llama a su puerta.

Aunque ella no haya sido *jamás ecónoma de la Congregación* -por título- sobre las espaldas de Gabriel pesa la responsabilidad de mantenerla en vida, de aumentar los recursos materiales cuando el número de miembros aumenta rápidamente. Vemos cómo adquiere la huerta colindante, arregla el cementerio, hace reparar la casa, construye otro edificio, asegura la reparación de la cuadra de caballos y la de los cerdos tras las reclamaciones de los vecinos, compra otra casa, etc... Con el descubrimiento de una cantera en la pendiente de la colina, la alta pradera de la Grand'Maison, piensa que la construcción de una casa para los hermanos será menos costosa. Calcula, escribe varias veces al Buen Padre para que envíe al hermano Atanasio, gran constructor.

FORMADORA

Si queremos hacer una presentación más completa de la persona de Gabriel de la Barre, no podemos pasar por alto su *especial atención a los niños y a los jóvenes*. Ya se trate de pequeños alumnos, de posibles vocaciones, de hermanas en formación o de jóvenes religiosas, siempre tiene cuidado de que sean tratadas convenientemente, que se descubran sus cualidades, que se asegure su desarrollo y su buena educación. Prosigue fielmente esa "educación integral" que promueve siempre la Buena Madre. Es necesario que los jóvenes crezcan en la fe, en la manera de comportarse con los demás, en la oración y el conocimiento de Dios y que ellas adquieran un mínimo de cultura. Para las hermanas a las que no se piensa confiar un cometido en la enseñanza, intenta desde su entrada formarlas bien para su empleo.

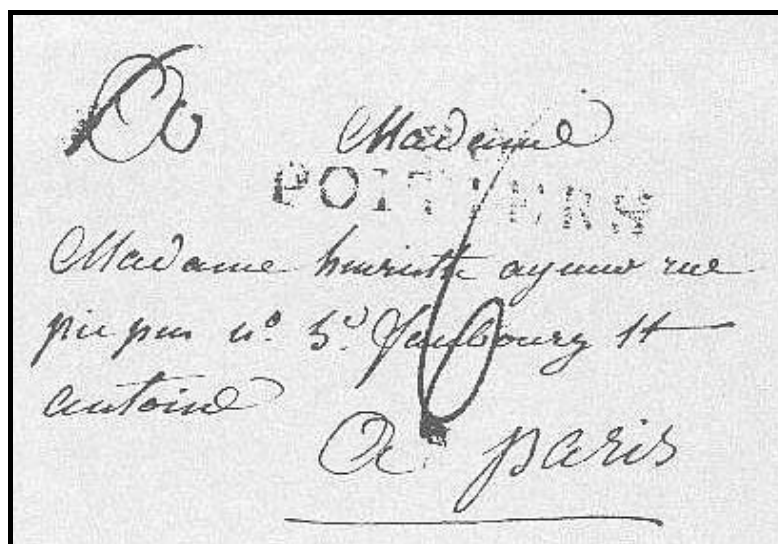
En sus cartas menciona con afecto *el mundo de los "pequeños"*. A menudo lo es con una predilección no disimulada, como en el caso de la "pequeña Rosa", sobrina del P. Isidoro, que muere a los seis años y deja desolado su corazón maternal. Las describe en términos delicados, consulta con la Buena Madre en los casos personales a fin de encontrar para cada uno el buen camino. Sufre cuando debe devolver a alguna a su casa, entonces ayuda y acompaña a la familia. No importa qué enfermedad o incapacidad notoria la preocupe. En las cartas entre las dos amigas surge a menudo un rostro de niño, de joven. Las dos los aman. Podemos representárnoslas abriendo la puerta a los más pequeños, a una vida nueva. En la Congregación las jóvenes ocupan un lugar importante. Aún los niños son trasladados con ocasión de una nueva fundación. ¿La alegría del niño no revela algo del carácter del carisma de nuestra Congregación?

LAS AMIGAS

La amistad entre Gabriel y Enriqueta no es un tema para tratar aparte. Es una realidad que se expresa en todas las cartas, vuelve, se concretiza, conoce crisis y sombras, pero también aporta luz y consolaciones, revive y hace crecer dos vidas al servicio del gran amor, el de los Sagrados Corazones y de su obra para la que se vive, se muere, un día tras otro. Treinta años de afecto y lealtad, de adhesión y de oblación de sí misma por la otra cuya atracción especial no tiene duda alguna para Gabriel. Amistad que es una cruz por la distancia, los correos irregulares, las visitas difíciles, los encuentros breves. Gabriel lamenta *"estas relaciones consoladoras que han dulcificado tanto los primeros tiempos de vuestra ausencia"*. El recuerdo de los años que han vivido unidas en la aventura de la primera hora es fuente de fuerzas: se saben herederas de tantas gracias! A veces, como en el tiempo de su juventud en Poitiers: "Mi buena Elena".

Cada carta de Enriqueta es para Gabriel tanto una real alegría que refuerza los lazos familiares, como una incitación a superar sus propios problemas. Su extrema sensibilidad

encuentra un apaciguamiento en la lectura de una sola línea o en el anuncio de un posible encuentro en alguna casa o con ocasión de los dos Capítulos Generales que las reunieron. Enferma, Gabriel siente que el mejor remedio reside en la amistad: *“una palabra vuestra me sentaría mejor que las medicinas o las tisanas”*. Hacen intercambio de oraciones, de intenciones por las que rivalizan en fervor. Preocupadas por la familia que aumenta, se invitan mutuamente a soportar con valentía el sufrimiento, a no perder jamás la esperanza. Se animan al más total abandono en Dios - tema querido de Enriqueta - y en el deseo de que Dios sea glorificado en todo. Con esta comunión viven los acontecimientos congreganistas, sus inquietudes en relación con los hermanos y las hermanas, las jóvenes, las alumnas, las pensionistas. Las dos tienen un inmenso *afecto por el Buen Padre*. Uno de los sobrenombres impuestos por las circunstancias para designarle, *‘el Incomparable’*, traduce bien su admiración. Hablan de él y tienen cuidado de seguir su maravilloso ejemplo de pastor y un cierto orgullo mal disimulado. Desean gozar de su presencia, tener sus noticias, recibir sus consejos. Las dos viven, en todo instante, la comunión con el Fundador. Evocan con mucha transparencia, *al Padre Isidoro David*, superior de Poitiers de 1802 a 1817, amigo y confidente de Gabriel. Enriqueta, también ella, amaba a este joven lleno de promesas, desde su llegada en 1800. Enriqueta recomienda su amistad a Gabriel como un bien, tanto para ella como para él. El cielo y la eternidad suspiradas por Gabriel, es la comunión total y definitiva entre hermanos amigos. En estos comienzos, aunque sea tan pequeña, la comunidad de Poitiers toma una dimensión de eternidad, en la alegría de la comunión entre hermanos.



Madame Henriette Aymer, rue Picpus n° 35. Faubourg St. Antoine à Paris.
(Dirección de una carta de Sor Gabriel)

DOS CARTAS DE SOR TERESA SARDOIS

Poitiers, 17 de mayo de 1829 (medianoche)

Aquí nos tiene, muy buena Madre, inmersas en la aflicción: nuestra buena Superiora está en el cielo, pero bien que hubiéramos querido irnos con ella. Ha muerto entre mis brazos, esta es toda mi consolación.

Durante todos estos días, no hubo nada, dentro de su estado habitual de sufrimiento, que pudiera hacer temer semejante desgracia. Paseaba por la huerta como de ordinario, hasta la encontrábamos mejor desde hace algunos días. En fin, Dios ha querido hacernos beber el cáliz hasta las heces. Esta mañana a las cuatro se encontraba más fatigada, el médico no ha encontrado más que un poco de fiebre. La jornada transcurrió como muchas otras, es decir mal. A las cuatro de la tarde, crisis de tos terribles; los pulmones se ahogaron y a las once de la noche acabó su vida. Recibió al Señor algunos minutos antes de su final.

Ella misma había previsto escribiros esta mañana. Al sentirse demasiado fatigada, me ha dicho que os escribiría mañana. Sin embargo, me había permitido que lo hiciera yo esta tarde, pero el correo ya había partido. Ruegue por nosotras, muy buena Madre, porque lo necesitamos mucho y, sobre todo, yo en particular.

Poitiers, 1 de mayo de 1830

Señora²:

Querría satisfacer vuestros deseos hablándoos con detalle acerca de las virtudes que he visto practicar a quien hoy lloramos, que merece por tantos títulos nuestras penas, de quien Dios nos ha privado demasiado pronto, pero cuyo recuerdo jamás se borrará de mi memoria y menos aún de mi corazón.

El corto número de años que he tenido la dicha de convivir con la Señora Gabriel me ha proporcionado abundantes razones para admirarla; Dios la destinó para trabajar junto a la Buena Madre en la fundación de nuestra Orden, dándole el mismo espíritu y el mismo corazón. Si la naturaleza le había escatimado las fuerzas físicas, las había suplido ampliamente otorgándole ese coraje y ese celo que las fuerzas jamás pueden reemplazar; estaba persuadida de que su mala salud dañaba el ejercicio de su gobierno, pero nadie lo creía al ver el orden y la regularidad que en él reinaban. Lo que asombraba de verdad era que resistiera tanto tiempo las múltiples ocupaciones que conllevaba el gobierno de esta casa; llevando la carga por obediencia, cumplía todos sus deberes con la solicitud y la ternura de una madre. Privada por su mala salud de estar en medio de nosotras tan a menudo como hubiera deseado, la he visto afligirse por ello y decir con ese buen humor que caracteriza a los santos: *"Soy bien inútil en este mundo, otra lo haría mucho mejor que yo. Dios me mantiene así sin duda para probar la paciencia de mis hermanas y ejercitar su caridad"*.

Esta era, Señora, la opinión que tenía de sí misma y el talante con que aceptaba las preocupaciones que le dábamos.

Tan pura como se puede ser en esta tierra, se traslucía en todas sus palabras y accio-

² Probablemente Sor Ester de Guerry, usando títulos que camuflaran la identidad en la clandestinidad.

nes cuánto apreciaba esta virtud. Al no conocer los desvaríos del corazón humano más que por las confesiones con que cualquiera se consolaba ante ella, le he oído decir a menudo que no creía en el mal más que después de verse obligada a reformarlo. Habiéndola probado Dios con muchas penas, siempre se la encontraba dispuesta a tomar parte en las de otros; de este modo se encontraba en sus consejos tanta fuerza y persuasión que apenas podría nadie resistirse a ponerlos en práctica.

Hace poco tiempo personas que sabían apreciar su mérito me decían que era difícil no amar la virtud después de haber hablado con la Señora Gabriel de la Barre. El obispo de Orleans, al escribimos después de su fallecimiento, nos decía que compartía tanto más nuestro dolor al haber experimentado a menudo por sí mismo la eficacia de los consejos de nuestra santa y la autoridad que con ellos ejercía sobre el espíritu y el corazón. Hasta nos decía que se consideraba feliz cuando podía charlar algunos momentos con ella.

Si un testimonio tan justo le rendían personas que la veían raramente, qué diremos nosotras que tuvimos la suerte de encontrarnos con ella tantas veces como teníamos necesidad y a cuya felicidad consagró su vida. No tenía otros intereses en el corazón que los de la Congregación; aprovechaba cuantas ocasiones le presentaba la Providencia para probar su pronta vigilancia en atenderlos. Con cuántos trabajos y dificultades se enfrentó para acomodar la casa como alojamiento de pensionistas, cuando era imposible colocar a una sola convenientemente. Jamás la he visto más activa ordenando pequeñas construcciones y reparaciones que eran indispensables en esta casa, como después que se sintió ya muy enferma. A veces yo le decía que se atormentaba en exceso; a esto me respondía, como si viera el porvenir, diciéndome que ella no gozaría de lo que mandaba hacer, pero que se sentía feliz de ver todo acabado para no dejarnos entre dificultades, añadiendo que yo vería terminado todo justamente a tiempo. No se equivocó en su previsión, porque todo se acabó la semana que la perdimos.

Estaba tan resignada a la voluntad de Dios que los acontecimientos que más afectaban a su corazón y que sentía vivamente, jamás la hacían pronunciar otra cosa que estas palabras: *"Que se cumpla la santa voluntad del Señor"*.

Nunca olvidaré una frase de la carta que me había escrito después del Capítulo de 1824, en el momento en que se despedía de nuestra buena Madre para volver a Poitiers: *"Tenga coraje y paciencia, me decía, nos volveremos a ver... Pero, Dios mío, ¿cuándo estaremos asentados en esa Patria donde no habrá más partidas? Que la santa voluntad de Dios sea aquí abajo nuestro todo"*.

Me decía algunas veces que si conociéramos las ventajas que se pueden conseguir abandonándonos enteramente a la voluntad de Dios, no dudaríamos un solo instante en consagrarnos a ese abandono.

Animada por el amor de Dios en todas sus acciones, nos decía a menudo que encontraba el remedio para todas las penas en la Santa Comunión. También nos comentaba que su privación le sería más penosa que la de la vida. La he visto sin embargo sacrificarla durante tres semanas consecutivas, falta de fuerzas para descender a la iglesia, al no creerse suficientemente enferma como para recibirla en su lecho. Después de tan larga prueba, viendo que no le volvían las fuerzas, la pidió. Desde ese momento hasta que la perdimos, que ha durado casi diez meses, se la llevaban cada día a las cinco de la mañana. La recibía con tanta fe y agradecimiento, que era imposible no darse cuenta del deseo que tenía de reunirse con Dios. Al no perder jamás de vista ese momento, sobre todo después de los años en que las fuerzas se le habían debilitado considerablemente, había redoblado su actividad y sus cuidados en cuanto se refería al orden de la casa, sobre todo ordenando recibir detallada cuenta de todo lo que en ella sucedía, por el temor de que su estado diera lugar a algún relajamiento. Este pensamiento era uno de los que más la preocupaban, como advertía

de antemano a quien la reemplazaría.

Preocupada siempre por este momento, nos lo ponía sin cesar ante los ojos, dándonos consejos, trazándonos, por decirlo así, el camino que deberíamos seguir cuando ella faltara. Tres días antes me encontraba yo sola con ella largo tiempo. En un momento de menor fatiga que de ordinario, me habló de diferentes cosas que me consolaron mucho, sin olvidar de entremezclar su triste situación. Yo le expresaba la pena que me daba; entonces me respondió que éramos muy poco razonables al no querer familiarizarnos con este pensamiento, porque ella sentía que no viviría largo tiempo, y que nuestra poca resignación le causaba tristeza.

Despegada de todas las consolaciones sensibles, nos evidenció en sus últimos momentos el sacrificio generoso que había hecho de ellas, no haciendo caso alguno y hasta rehusando todos los testimonios de afecto, aún los de su amable familia, de la que no quiso su último adiós.

Atenta a pesar de sus sufrimientos a cuanto sucedía en su entorno, sabiendo que había hermanas con sufrimientos, las enviaba a acostarse y no conservó a su lado más que a las que podían serle útiles. Viéndola tan enferma la pregunté si quería que escribiese a la buena Madre o al Señor Isidoro (P. Isidoro David) porque me había recomendado que lo hiciera cuando la viera muy enferma. En ese momento me lo prohibió diciéndome que era demasiado tarde, que ya había pasado la hora del correo, que permaneciese a su lado para ayudarla a sostenerse, porque, me decía: "*Sufro mucho, mucho*". Su pobre cuerpo estaba todo él bañado de sudor. Durante las seis horas que duraron esos crueles sufrimientos, su lucidez y su coraje no la abandonaron ni un segundo.

Sin dejar escapar ni lamentos ni quejas, se notaba por sus movimientos y su atención que se sentía feliz al ver aproximarse el momento de ir a reunirse con Aquel a quien había servido tan bien sobre la tierra. Sin pedir ni rehusar nada de cuanto se le ofrecía creyendo que podría suavizar sus sufrimientos, respondía a todo con estas palabras: "*Como queráis*". El mismo abandono para la aceptación de los últimos Sacramentos, porque no los pidió. El médico, conociendo por la debilidad de su pulso que no duraría mucho, dijo que era necesario administrárselos. En ese momento fue, Señora, cuando nos mostró cómo una religiosa se siente feliz de morir cuando ha cumplido bien los deberes de su estado. Entonces nos dio estos consejos: "*Tened una gran sumisión a la voluntad de Dios, una total confianza en la Buena Madre y una gran caridad unas con otras*".

Después de estas palabras, que pronunció con una gran firmeza, apoyó su cabeza sobre mis rodillas como para cambiar de posición. Algunos minutos después sentí, por un ligero movimiento que hizo, que su alma se había ido a recibir la recompensa de sus virtudes y de sus prolongados sufrimientos.

Qué feliz se siente una, Señora, al recibir el último suspiro de los santos. Pero cuántas gracias son necesarias para tener ese coraje. Quisiera poder detallaros todas las circunstancias que han hecho tan preciosos los últimos momentos de la Señora Gabriel. Rezad por nosotras para que no perdamos el fruto de tan hermosos ejemplos. Yo le pido todos los días que no olvide a aquellas por las que ha mostrado tanta bondad y cuidado; pero qué difícil es soportar la privación de esta segunda madre.. hasta parecemos largo este destierro...

No voy a añadir nada sobre sus cualidades de corazón y de espíritu que convertían la práctica de la virtud tan fácil y la vida tan serena. Ya conocisteis un poco a la que lloramos, ¡eso basta!

2. - DESDE OTRAS PERSPECTIVAS

A. HENRIETTE AYMER, UN ITINERARIO ESPIRITUAL

Un Carisma en la Iglesia, Roma, diciembre 1998, 393 pp.
María Cruz Pereda, ss.cc.

La biografía de nuestra Fundadora en su trayectoria cronológica, nos es sobradamente conocida, y tenemos fuentes en donde podemos recordarla. Es verdad que no se ha estudiado su figura con la profundidad que exigiría la importancia de su papel en la Congregación, pero eso pide un amplio trabajo y personas capacitadas para ello.

En este breve resumen pretendo solamente fijar prioritariamente la atención en su trayectoria espiritual, tomando como hitos unos cuantos momentos clave en su vida.

La primera experiencia de amar y sentirse amada

Es una afirmación de dominio común: las impresiones vividas en la infancia marcan una vida. El primer paso hacia una personalidad afectivamente madura, se da cuando un niño o niña abre sus ojos a la vida en un entorno familiar cálido, en el que se siente aceptado y querido.

1767. Henriette Aymer de la Chevalerie nace en el pequeño castillo de Aymer, y vive esta primera experiencia. Hay pocos datos acerca de sus primeros años, pero son suficientes para constatar que en la base de su personalidad está una infancia feliz, de niña única entre dos hermanos varones, y en un medio familiar unido y cálido. El tiempo vivido en la Abadía de Santa Cruz de Poitiers para prepararse mejor a su Primera Comunión le proporciona la primera experiencia de oración personal y litúrgica, y quizá también despierte en ella el atractivo por la música sacra. Sabemos que, también en la Abadía, Henriette fue muy querida, según consta en una carta de Mr. Brémond, su pariente: *“Henriette tiene mucho ingenio; triunfa en todo lo que emprende y es muy querida por toda la comunidad, especialmente por la Madre Abadesa.”*

A los 11 años experimenta la primera pena: la muerte de su padre. Y sin duda a partir de entonces se convierte mucho más en apoyo y amiga para su madre, con más motivo al estar ausente su hermano mayor Louis (paje de Luis XV desde la adolescencia). Y es su madre quien se encarga de que se la prepare para la vida de relaciones sociales, brillante y superficial, a la que parece destinada. Latente y en apariencia olvidado, sigue en ella el germen de sensibilidad espiritual que le dejó su primer contacto personal con Dios en la Abadía...

El horizonte histórico

Seguirán unos años en los que, mientras Francia se acerca a la gran convulsión política y social, la juventud de Henriette florece en Poitiers – adonde su madre y ella se han trasladado – en medio de una nobleza que quiere ignorar las dificultades y seguir disfrutando de su vida vacía. ¿Qué opinión le merece a Henriette esa sociedad? De algunas personas

sabemos lo que piensa: “*Conocí al padre de M. Turquant – escribirá años más tarde – Era un viva-la-Virgen que pasaba por hombre honrado, y no hacía casi nada en su profesión de Procurador*”. Según Hilarión Lucas, solamente acude a las fiestas por dar gusto a su madre. Sin embargo, brilla en ellas por sus cualidades y su talento musical; es una circunstancia que dificultaría más tarde su admisión en la “Sociedad del Sagrado Corazón”, y a esto se referirá la propia Henriette cuando habla de “*los extravíos de su juventud*”

Todo lo que la rodea en su momento histórico va plasmando su personalidad: en el ambiente está la perspectiva de grandes avances – se ha descubierto la máquina de vapor, se presiente la electricidad – , los descubrimientos científicos parecen augurar un futuro lleno de promesas; el *progreso* es la palabra del momento; las distancias se han acortado – su mismo hermano Dominique marcha a la isla de Guadalupe – y se vive la crisis de una era histórica que acaba. Todo esto va abriendo el espíritu de Henriette: para ella no será el mar un obstáculo cuando sus hermanos y hermanas ss.cc. tengan que cruzarlo para inflamar el mundo...

La experiencia del desamor

Pero hay algo más que progresos científicos: las tensiones sociales provocan la explosión, y Francia arde por los cuatro costados. Lo que empezó como revolución burguesa, se vuelve sobre todo contra la Iglesia y la nobleza. En Poitiers se oyen primero los ecos de París, pero pronto se pasa a los hechos. En el domicilio de las Aymer, madre e hija, la persecución también hace presa y ambas van a la cárcel. Henriette vive su primer contacto con la violencia y la destrucción, y lo vive en profundidad.

Dice Fabio Ciardi en su libro “*Los fundadores, hombres del Espíritu*” que todos los fundadores, en la génesis de sus respectivas obras, pasan por una fase de profundización en donde *perciben* la iluminación de Dios a través de lo que él llama “fuentes de inspiración indirecta” (circunstancias personales, contexto de vida...) o “directa” (luces interiores, momentos fuertes de oración y experiencia de Dios...). Para Henriette esta fase se da también en sus dos etapas: una de *desierto*, en la cárcel, en la que, a través de las duras condiciones de vida y el contacto con la violencia, se encuentra a sí misma, y se encuentra también con Dios; otra de *contemplación* que citaremos más abajo. En la etapa de desierto se pone de manifiesto un rasgo esencial en ella: su capacidad de interiorización, de profundidad, que la vida fácil de Poitiers había tal vez adormecido. Es la hora de la *conversión total*. La hora crítica por la que han pasado las grandes figuras de la Iglesia, y que ha sido decisiva para su futuro. Teresa de Ávila cuenta en los libros 7 y 8 de su “*Vida*” una experiencia parecida: tras una profunda crisis, provocada en parte por la situación de su convento, mantiene su fidelidad a la oración, y sale de la crisis por la decisión de *no negar nada a Dios*. Notable coincidencia con Henriette, que emplea estos mismos términos cuando se anuncia la entrada de un sacerdote en la cárcel para ofrecer a las prisioneras el sacramento de la Penitencia: “*Si me confieso, será con la decisión de no negar nada a Dios en adelante*”

En lo que de ella depende, trata de difundir amor en su entorno: su propia madre, la niña del carcelero, la prisionera marginada por las demás... Es el germen de lo que va a ser su llamada a la *reparación*, su manera inicial de responder a una situación que percibe como contraria al plan de Dios. Probablemente no ha leído muchos libros de espiritualidad, pero su intuición le hace pensar en un Dios que, por encima de todo, *ama y pide amor*.

Ha muerto la Henriette de vida fácil y superficial. Cuando sale de la cárcel, a sus 28 años, aparece la mujer madura, fuerte y fija en un ideal: *frente a la violencia, el odio, la destrucción, es urgente rehacer el Reino del Amor*.

Contemplar el Amor

Mientras tanto, en Poitiers se ha hecho famoso un personaje en el que se unen el pastor celoso y el aventurero “*Marche-à-terre*” o “*Jerôme*”. Es el abate Coudrin, del que un autor ha afirmado: “*Podrían multiplicarse hasta el infinito esas historias que se relacionan a la vez con la ‘Leyenda dorada’ y con las novelas policíacas: Coudrin fue el primer héroe, el más activo y perseverante del culto proscrito (...). Es cierto que ninguno de los guillotinos había jugado un papel tan importante como Coudrin, que sin embargo no murió hasta 1837.*” En él encuentra Henriette el guía que busca. “*Este sacerdote – dice a una amiga – habla como yo rezo*”. Su ayuda, el contacto con la Sociedad del Sagrado Corazón, hacen que descubra un camino nuevo. Y, sobre el fundamento de su propia personalidad, madurada por todos los sucesos vividos, se inicia la segunda etapa o “fuente de inspiración, a la que aludía más arriba, y que será decisiva en su vida: la *contemplación*.” “*Cuando V. Estableció la Adoración y me asignó una hora, sin saberlo, fijó mi destino*”, escribe al P. Coudrin.

A partir de aquí, el Sagrario – camuflado en la marquetería del salón – se convierte en norte y guía de la vida de Henriette. Y comienza una especial relación entre ella y el Abate Coudrin: él es su verdadero director, acompañante, orientador... y así lo siente ella. Pero en ese mundo, tan difícil de entender, de la experiencia mística, Henriette “ve” con claridad el camino que Dios va marcando para su Congregación, y a pesar de su repugnancia por manifestarlo, comprende que el Señor quiere que lo haga. Se podría decir que, si bien ella se considera discípula del Padre Coudrin, lo venera profundamente y somete a su juicio todo lo que la concierne, en lo que se refiere a la marcha de la Congregación, es muy frecuentemente él quien se deja guiar por lo que Henriette le transmite; incluso pide a ésta que *pregunte* al Señor tal o cual asunto; en las comunicaciones que ella le escribe, llega a decirle cuál es el ritmo de oración y de trabajo que Dios quiere para él... Hay párrafos enteros de los “billets” de Henriette, que se transcriben en documentos de la Congregación. Dada la actividad pastoral del P. Coudrin como sacerdote o como Vicario de las diversas Diócesis, el gobierno de la Obra es plenamente compartido por ambos Fundadores, y la “Buena Madre” es pieza tan fundamental, que el P. Coudrin llega a escribir que “*ella es la luz, y yo solamente el candelero que la sostiene*”, y también que “*ella es la raíz del árbol, si se la arranca, se le priva de la vida*”... “*es más “Fundador” que “Fundadora”... es el alma de las dos familias*”

Vivir y anunciar el Amor

Si hubiera que seleccionar un solo rasgo de la fisonomía espiritual de Henriette Aymer, éste es sin duda su actitud de *amar*: amar apasionadamente a Dios, pero también amar afectiva y efectivamente a todos cuantos se acercan a su vida. Una actitud que le mereció el apelativo característico de “BUENA MADRE”. Está claro que la experiencia de desamor, de violencia, de destrucción que ha vivido, despiertan en ella la urgencia de la *reparación*: hay que reconstruir el Reino, y para eso es imprescindible poner en ese mundo destrozado el amor que ha contemplado en el *Corazón* de Jesús.

En ese entorno de personas en quienes proyecta su amor, hay una lista larga y multiforme: empezando por sus relaciones familiares, y añadiendo a las Hermanas y Hermanos, a las niñas que se educan en las diferentes casas, a quienes se acercan a ella en busca de apoyo, de ayuda o de consejo. Impresiona contrastar la fuerza de su vida personal de penitencia y austeridad verdaderamente fuera de lo normal, frente a la comprensión, la flexibilidad y los detalles minuciosos de su trato con los demás. Lo atestiguan quienes convivieron

con ella: “*Nunca podrá haber en otras comunidades la vida que hay junto a V., Buena Madre*”, escribe Gabriel de la Barre (y podrían multiplicarse los testimonios). Se puede ver en las cartas de la Fundadora una constante insistencia en la prioridad del amor por encima de todo: “*en tu comunidad sois muy observantes, pero un poco gruñonas. Aquí somos más ligeras, un poco aturcidas, pero estamos alegres y nos queremos*”. Éste es también el fundamento de su pedagogía: que las niñas se sientan queridas, estimuladas, en síntesis “*que se encuentren felices entre nosotras*”. Y con esta misma actitud trata de ayudar con su consejo, con su donativo (cuando puede), y siempre con su cariño, a cualquier persona, de dentro o de fuera, que acude a ella.

No pueden quedar fuera de ese *celo* por transmitir el amor los habitantes de aquellas “islas lejanas” que el Buen Padre había percibido en el granero de la Motte d’Usseau como destinatarios de la acción misionera. Con esa ilusión colabora Henriette en la preparación del viaje de los primeros misioneros: ella no podrá ver ya la marcha de las Hermanas que en un futuro habrán de cruzar también el mar para llevar el mensaje... o para dar su vida en el camino, como el grupo a bordo del “Marie-Joseph”.

Esta única meta ocupa y preocupa a Henriette a lo largo de todos sus años de actividad como Fundadora de comunidades, Superiora General, Educadora y al mismo tiempo contemplativa. Abre 17 casas en Francia – en medio de la mayor penuria económica –, es la administradora y la “madre de familia” de las dos ramas, llega a recibir unos cuantos centenares de Hermanas, ve morir a más de 200, entre ellas a su amiga y confidente Gabriel de la Barre, en sus comunidades se educan muchos centenares de niñas, preferentemente pobres, y se ayuda a muchas familias. Y todos sienten el apoyo y la seguridad de esa mujer pequeña, acogedora, alegre, imaginativa, que sabe crear en torno suyo un ambiente de cordialidad, y es un centro de unión que aglutina a la gran familia que se ha ido formando.

En suma: a través de sus propias cualidades humanas, basada en su contemplación, y siempre impulsada por la urgencia de reconstruir el Reino, Henriette se convierte ella misma en un *anuncio* del amor que vive.

... Hasta consumirse como un cirio

El desgaste de una vida dura como fue la suya, la media de vida del momento, hacen que Henriette caiga fulminada por una trombosis en diciembre de 1829, a los 61 años. Aunque se recupera algo, la hemiplejía que le inutiliza el lado derecho de su cuerpo, hace que ya no pueda volver a la vida de actividad plena, pero sigue siendo desde su habitación el alma de la Obra, incluso cuando en 1830 la casa de Picpus sufre la irrupción de tropas revolucionarias (consecuencia de la situación de Francia al abdicar Carlos X y su delfín, y subir al trono el Duque de Orleans con el nombre de Luis Felipe I)

Hoy se interpreta de manera diferente el hecho de que la veneración hacia la Fundadora la mantuviera, aún después del primer ataque de trombosis, como centro inspirador de decisiones, en vez de pasar la autoridad a una sucesora. Para otras, gracias a ella se mantuvo en ese tiempo la unidad... En cualquier caso, su actitud personal en los cinco años de enfermedad, es la realización de aquel proyecto personal que expresó el día de su consagración a los Sagrados Corazones “... *a cuyo servicio deseo consumirme como este cirio*”. Paciente, con su habitual sonrisa, vive la entrega en la enfermedad como la ha vivido en la actividad plena. Hasta que el 23 de noviembre de 1834 la “*Petite Paix*” (como solía llamarla el Fundador), entra de lleno en la Gran Paz después de completar el itinerario de una vida llena, dejando su Obra en marcha. Esa Obra que ella ha fundado y mantenido con el convencimiento de que era – y creemos que sigue siendo – “*una necesidad para el Corazón de Dios*”.

B. CONSULTA GRAFOLÓGICA DE LA BUENA MADRE

Cuadernos de Espiritualidad, nº 10 bis, pp.140-145
Marie-Gabrielle Renou, ss.cc.

Introducción

El análisis grafológico de la Buena Madre, de tipo clásico, se le ha pedido a un gabinete de grafología de París. Ha sido realizado por Mme Jacqueline Girard, que no conocía nada de la vida de la Buena Madre, ni de la Congregación. Cuando pregunté a Mme Girard si aceptaba analizar una escritura antigua, me respondió afirmativamente puesto que conocía bien la historia del siglo XIX y había estudiado los tipos de letra de esa época, uno de los cuales se llama precisamente *“escritura del Sagrado Corazón”*.

Para realizar su trabajo, Mme Girard había pedido que se le proporcionaran algunos originales; ha trabajado a partir de un *«billet»* de 1801 y de diez cartas de la Buena Madre de diferentes épocas, desde 1802 a 1828. Yo había unido a ellas algunas breves explicaciones biográficas. Al cabo de una semana, recibí el resultado de la *«consulta»*, y volví al domicilio personal de Mme Girard para recuperar los documentos prestados. A lo largo de la conversación, me dijo que se había sentido conquistada por la rica personalidad de la Buena Madre y, sobre todo, asombrada de descubrir a una mujer muy mística, muy humana y muy activa a la vez, que le recordaba mucho a Teresa de Ávila.

Como le dije que encontraba el análisis muy positivo, me explicó el rigor de la ciencia grafológica, y me aseguró que ella había sido objetiva. La conversación me reveló también que, sin saberlo, me había dirigido a una mujer creyente, que había estudiado en un colegio de Religiosas. Salí de su casa feliz de traerme los preciosos documentos y, dando gracias al Señor por haberme hecho ir a dar con una mujer apasionada por la vida y por su trabajo.

Consulta grafológica

Mme Jacqueline Girard, Francia

El pensamiento de la Madre Henriette está bien estructurado y es especialmente completo. En efecto, una buena armonía entre la razón y el sentimiento se une al equilibrio entre la capacidad de análisis y la capacidad de síntesis. Elementos todos que llevan consigo lucidez y escucha del otro. Es concreta y se mantiene próxima a las realidades; es consciente de las contingencias materiales, por lo que tiene un buen enfoque de las situaciones; es lúcida y práctica, bien adaptada a su entorno. Comprende las situaciones más complejas a través de una observación rigurosa de la realidad y no tiene nada de *«utópica»*.

Minuciosa y rigurosa, no deja nada al azar, es precisa en sus explicaciones pero sabe dejar de lado los detalles inútiles para poner de relieve lo esencial. Sus cualidades de lógica y de claridad le permiten una reflexión muy racional; prevé, cuantifica, analiza, anticipa, reflexiona sobre las consecuencias de los acontecimientos por los que va a pasar.

Por otra parte, es muy receptiva para los demás; percibe las expectativas, adivina las necesidades, sabe adaptar instintivamente su actitud a su interlocutor poniéndose con naturalidad en su misma longitud de onda, no para manipularlo, desde luego, sino para comprender mejor su necesidad. Igualmente, en el plano espiritual, tiene una gran disponibilidad, una gran escucha interior. Muy concentrada, se vuelca sobre el problema que sea, identificando al mismo tiempo perfectamente las prioridades: la visión panorámica, la reflexión, están muy presentes en ella. Sin embargo, la altura de miras, la toma de distancia respecto a los acontecimientos con una mejor apreciación global, parecen haberse acentuado en dos momentos de su vida: en el momento de su profesión de fe, por una parte; y por la otra, hacia el final de su vida. Los documentos intermedios revelan una actitud más pragmática, más vuelta hacia lo cotidiano, hacia la eficacia.

La agilidad de espíritu, tal y como se deduce del documento de 1800, demuestra una apertura y una curiosidad muy importantes en todos los ámbitos de la vida: las elecciones están hechas sin "a priori", sin sistematismo, con libertad e independencia de espíritu, a veces un poco a la fuerza que podría explicarse por el hecho de que, una vez hecha una elección, es la voluntad de llegar hasta el fin lo que prevalece, y limita entonces un poco la creatividad y el replanteamiento de cuestiones. La preocupación por la eficacia, el realismo, el pragmatismo, prevalecen sobre los interrogantes, el estudio de las diferentes posibilidades, al haber superado ya ese estadio. Los juicios son por naturaleza reflexivos y realistas: son fuertemente afectivos, pero muy controlados por un pensamiento racional y marcado por el sentido común.

En el plano de la vitalidad y la realización de las acciones

La Madre Henriette es una mujer dinámica, vital, equilibrada, que necesita actuar y realizar. Su energía es tanto psíquica como física, tanto espiritual como realista. Es una persona perfectamente organizada, que administra su tiempo, sus recursos, sus medios, con inteligencia y sentido práctico. Su pensamiento, al mismo tiempo receptivo, lógico y concreto, le permite analizar con exactitud las situaciones, sacar de ellas conclusiones prácticas y tomar decisiones racionales y bien adaptadas.

Por otra parte, su tenacidad, su determinación, su necesidad de llegar hasta el fin, le permiten concretar sus opciones y llevarlas a término. Fija metas, objetivos, sabe ser clara para que se la comprenda. Si bien es cierto que tiene un gran sentido de «*los otros*» y una espiritualidad elevada, esto no va nunca en perjuicio de la realidad: lo que es impresionante en ella es su "*sentido de lo terreno*", su preocupación por el presente, su respeto por cada detalle, que van siempre incluidos en una visión de las cosas más global y más intelectual. En todo momento se mantiene cercana a lo próximo, lo contemporáneo, lo pequeño, lo presente.

Su implicación es total, y una vez hecha su elección, parece que se autoriza a sí misma a ser menos cerebral y más afectiva en su acción, a la que se entrega en cuerpo y alma. Bastante frecuentemente se encuentra obligada y su deseo de ir hasta el fin de su misión la fuerza a hacerse más metódica, a apoyarse más veces en las realidades que han presentado pruebas y a dejarse guiar menos fácilmente por su imaginación y su intuición. Tiene necesidad de referencias, de reglas, y se las proporciona; es más constructiva que interrogativa. Su escritura se mantiene sensible, pero más controlada, un poco más directiva, sin duda por necesidad. Al comienzo, se percibe en ella mucha escucha, reflexión, asimilación, deseo de intercambiar. Poco a poco, su punto de vista se hace más firme, lo defiende con tenacidad y sin dejarse influenciar ni desestabilizar: tiene convicciones que hay que hacer valer, pero no pierde nunca ni su gran receptividad respecto a los demás, ni su fuerte afectividad.

En el plano del comportamiento y de los contactos

La Madre Henriette es ante todo una mujer muy afectiva, equilibrada, veraz, intensa, que va hasta el final en sus opciones con lógica, valor y humanidad. Receptiva, acogedora para la realidad humana como para la gracia, ha estado en todo momento atenta a cada persona. Nunca ha tratado de brillar, ni de hacerse notar, sino de ser perfecta en el menor detalle: es una mujer cualitativa, humilde, inteligente, modesta, que ha sabido siempre juzgarse en su justo valor. Ha adquirido desde muy joven ese asombroso equilibrio entre inteligencia, afectividad, espiritualidad y realismo. Sus juicios son pertinentes sin ser críticos ni amargos, sino comprensivos, aunque exigentes. Sabe pedir a cada uno según sus posibilidades, nunca desalienta a una buena voluntad, no pone el listón demasiado alto para los demás, sino que se mantiene en todo momento preocupada por la verdad y por la calidad. No se detiene jamás, no baja los brazos, da ejemplo sin aplastar, aconseja sin dar muestras de autoritarismo, permanece cercana a las personas y a las situaciones por las que atraviesan. Está muy presente sin ser demasiado agobiante, disponible pero sabiendo conservar su independencia.

En la evolución de su escritura, la parte afectiva de su personalidad va ocupando cada vez más espacio. Habiendo adquirido la serenidad, se autoriza a sí misma a dejarse llevar por sus sentimientos, pues sabe que ya no podrán enturbiar su objetividad. Toda su vida ha sido fiel al proyecto de su juventud, aunque haya podido serle costoso, y en su última carta, parece estar interiormente más despegada de lo cotidiano que lo que ella se permite. Está ya en otra esfera, pero por voluntad sigue muy presente a los suyos, atenta, indicando el camino sin imponerlo, obligándose a ayudar concretamente aunque parece que ella misma está mucho más desprendida de todas esas contingencias materiales.

Conclusión

La Madre Henriette ha sido fiel toda su vida a la misión que se había fijado: escucha, atención, comprensión, toma de decisiones, puesta en práctica con vistas al bien colectivo. Todo eso, a veces, le habrá costado mucho. Se la ve, efectivamente, forzada en los trazos de algunas letras: una inquietud y una voluntad de continuar que proviene más de su valor que de una inclinación natural. Sin duda ha tenido a veces que sacrificar su lado contemplativo importante para darse al aspecto constructivo de su misión, y eso le ha sido difícil, pero lo ha hecho, olvidándose una vez más de sí misma.

C. HERMANA Y CRONISTA, GABRIEL DE LA BARRE

Cuadernos de Espiritualidad, nº 17
María del Carmen Pérez, ss.cc Chile

"Los medios de los cuales se valió la Divina Providencia en el principio y el progreso de la Orden de los Celadores del Amor de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, son conocidos por muy pocas personas; han estado ocultos bajo el velo de la humildad de los Fundadores de esa orden. Gran parte de las maravillas que Dios ha operado en ellos y para ellos no será, quizás, jamás descubierta. Yo comienzo a escribir"... "Mi intención es escribir la Historia de la cual he sido testigo".

Sólo lo que ha visto y ha sabido, aquello de lo que ha sido testigo y trasmite fielmente, activa o participante de ese misterio de la gracia de los inicios. Es que pocas personas han estado tan cerca e íntimamente unida a los Fundadores por más de treinta años como la Hermana Gabriel de la Barre. Ligada por la amistad y el afecto al mismo tiempo que por la obra común en la cual sentían la mano de Dios que los guiaba portentosamente. Gabriel pone por escrito sus observaciones y recuerdos. Es la primera cronista e historiadora de nuestra Congregación.

Esperanzas y dolores, dificultades y gracias, todo eso que es tiniebla y luz, de lo cual brotó nuestra familia, fue intensamente vivido, gozado y sufrido por su corazón sensible, entregado al de Jesús, a su designio. Es la fuente de la amistad con los demás pioneros de la primera hora. Su entrega y su empeño, unidos profundamente a José María y Henriette, a otros hermanos, formaron el clima apto para que naciera una familia centrada en el amor. Es el secreto que revelan los escritos de Gabriel.

El Buen Padre quiere dejar por escrito lo vivido. Después de leer, contento, el primer cuaderno de recuerdos, escribe: "Si ella pudiera emprender la historia de la vida de la Pequeña Paz (Buena Madre) así como la continuación del cuaderno del cual tenemos un ejemplar, haría una obra que me daría mucho gusto. Si yo pudiera mandarle algunos recuerdos"... "La Pequeña Paz hace maravillas - escribe el Buen Padre recién llegado a Mende - si usted estuviera aquí necesitaría sacar punta a su pluma; por el momento comience su vida y continúe todo lo que pueda de la historia". También la Buena Madre asegura que puede enviar algunos papeles para su diario...

En 1803, ya circulan esas "Memorias" que hacen la alegría de todos, especialmente de aquellos que fueron activos partícipes del momento, asegura Hilarión. Este joven secretario del Fundador difunde copias y comenta en sus cartas "nuestras memorias", las de Gabriel, y bendice al Señor por haber inspirado el propósito de escribirlas. El Buen Padre agradece y alaba a su amiga por su escrito deseando que, a través de ellos, se conozca más a la Fundadora lo que hará mucho bien. Espera que otros participen en ello.

¿Cuáles son esos escritos? ¿Qué valor tienen? En primer lugar sus "Memorias" escritas en 1802, abarcan la gestación y nacimiento del proyecto, sus primeros pasos. Al partir los Fundadores a Mende se cierra esta primera etapa. Su publicación en los Annales de 1962 reemplazó las copias que circulaban en las casas. La segunda parte terminada en 1824 lleva el simple título "Notas sobre la Congregación" y en ella describe minuciosamente su desarrollo entre 1802 y 1824.

Otros dos escritos están dedicados casi enteramente a la Buena Madre. "Anotaciones sobre la R. Madre Henriette", y el llamado simplemente "la Buena Madre"

cumplen el deseo del Buen Padre. En ambos, especialmente en el segundo, se trasluce la rica vida interior de la Fundadora. Se sabe que llegaron hasta las misiones de las islas.

De la mano de Gabriel encontramos esa "réponse à mon frère" y un primer esbozo de reglamento de vida religiosa. En ambos asoma el propósito de consagrarse a Dios enteramente, su búsqueda de una forma de vida religiosa posible para ese momento histórico, búsqueda que la lleva hasta Pedro Coudrin y un grupo pequeño, cuyo centro fue pronto Henriette Aymer de la Chevalerie.

Quizás se habían encontrado ambas; sea en la sociedad de Poitiers, sea en la Cárcel de las Hospitalarias donde sus familias son encerradas por delitos contra la revolución. Ambas tenían un hermano en el exilio, en el ejército del Príncipe de Condé que aspiraba salvar a Francia. La familia de Gaspar, conde de la Barre y Catalina Lévesque, de la cual Hélène - es su nombre de bautismo - es la hija mayor de cinco hermanos, era también oriunda de Poitiers. Lo cierto es que en ese año de la cárcel (1794), Pedro Coudrin celebró la Misa en casa de la Familia de la Barre.

La Asociación del Sagrado Corazón de la que este sacerdote es uno de los inspiradores y directores, es el ámbito en el cual Hélène hace su encuentro con el amor del Corazón de Jesús que la llama por sus caminos. También Pedro Coudrin busca la respuesta a la fuerte intuición vivida en el escondite de la Motte d'Usseau. Ahí llega en su peregrinar Henriette Aymer y es admitida no sin dificultades.

Para el pequeño grupo que entra en comunión de aspiración por algo más profundo y se va formando en la vida de oración bajo la sabia guía del joven teólogo Coudrin, no es fácil desplegar alas para volar. En sus Memorias, Gabriel ocupa muchas páginas con detalladas explicaciones de la evolución del grupo de "las Solitarias" y sus dificultades para dar forma a su propósito: *"Se formó desde entonces, entre ese pequeño número de personas dedicadas a la obra de Dios, una unión que está a la base de nuestro establecimiento, pero que era toda interior"*.

Aunque habla poco de sí, Hélène deja entrever sus disgustos por la lentitud del inicio, la incompreensión de muchos, su alegría cuando Pedro y Henriette comienzan los pasos hacia una casa nueva, propia, en ese inolvidable 1797. Una Casa Grande (Grand' Maison), nuestra cuna. "No fue sino en la primavera de 1797 cuando comenzó a mostrarse la aurora de nuestra existencia religiosa....." Recuerda las primeras promesas del 20 de octubre, después la entrega definitiva de los Fundadores en Navidad, luego sus votos, ella y otras hermanas, el 2 de Febrero de 1801. Ahí toma el nombre de Gabriel, así en masculino, no sabemos por qué. Primer camino lleno de gracias y dificultades.

Cuando los Fundadores toman rumbo a Mende, allá en el montañoso sur, Gabriel es nombrada superiora de la Grand' Maison. Desde esa Casa Grande, hasta su muerte, vivirá unida a los Fundadores, seguirá servicial y atenta a los nuevos caminos de esta Obra de Dios. Ella amó esa casa donde Dios había derramado tanto don en un grupo tan pequeño. Esa casa *"donde todo no sucedía sino entre el cielo y el estrecho recinto de nuestra morada"*.

Hilarión la describe como *"modelo de piedad desde su juventud"*. Su complexión delicada no le impide la austeridad y el sacrificio, un trabajo abrumador y largas adoraciones de noche y de día. A pesar de aspecto algo contrahecho (cierta cojera o algo jorobada), los contemporáneos señalan su rara distinción, su notable instrucción y la delicadeza de su trato y sus sentimientos. Ella es la guardiana de la "Grand' Maison", la escritora de fiel memoria del prodigio de la gracia de Dios a través de los Fundadores. Comparte con ellos su gran pasión por la Obra de Dios, ese misericordioso designio que es la Congregación. Está convencida de la santidad de los Fundadores y de sus caminos extraordinarios ocultos bajo

el velo de la humildad. Esa cadena de gracia y misericordia sujeta en el Corazón de Dios, que es la Congregación.

Profunda, reflexiva, de interioridad silenciosa, leal a toda prueba a la Iglesia, a Francia, a la Congregación, a sus amigos. Austera y trabajadora, sentimental y sensible, fácilmente en exceso, su vida no tiene descanso. Para la Buena Madre es el fundamental pilar - o pieza esencial - de la Congregación.

Entre ambas se trenza la amistad profunda, leal, no exenta de malentendidos y separaciones. *"De todas mis propiedades, escribe Henriette, usted es aquella a la que más apego tengo. No seamos sino una sola, suframos juntas hasta el momento de la única felicidad verdadera que nos espera. Engañemos la ausencia: no se está nunca lejos cuando se ama"*.

Gabriel le habla del sentimiento de ternura y respeto que la apegan a ella y al "Incomparable", el Buen Padre. Está siempre atenta a sus viajes, a las nuevas casas y hermanas, comulga en los proyectos y también en las dificultades. El ir y venir de sus cartas escribe la historia sencilla de nuestra familia. A veces los silencios, las ausencias, las deficiencias del correo, las frases mal entendidas - ¡esa vivacidad tan propia de Henriette! - van poniendo esta amistad en la cruz de la lejanía. Henriette la quiere pero se cuida de mostrar preferencia, salvo en ocasionales desahogos. Gabriel se siente *"privada de esas relaciones consoladoras que tanto endulzaron los primeros tiempos"*.

En ella confían los Fundadores. Conoce la extraordinaria vida de oración de Henriette. Se preocupa de hacerle fabricar sus instrumentos de penitencia. Todo puede decírsele y se confía en ella para mil soluciones a pequeños y grandes encargos y asuntos delicados: que haga como ella vea posible o conveniente... y siempre las soluciones de Gabriel son sabias, oportunas.

Las visitas del Fundador a Poitiers son fiesta para ella y para esa casa. Con su estilo cálido, el Buen Padre escribe desde Mende abrazando en un mismo saludo a Gabriel e Isidoro David, superior y hermano, guardián como ella, de la "cuna":

"No duden jamás que yo no sea más de ustedes que de mí mismo". En carta a Isidoro: *"Los abrazo mil veces y les deseo un poco de consuelo a todas mis queridas hijas y en particular a la buena Gabriel"*. En carta al hermano-amigo de ella: *"Que la querida Gabrielle (aquí en femenino) no tenga demasiada pena; conozco mejor su corazón que su espíritu y puedo juzgar por la penetración de éste, la extrema ternura del otro. Que tenga por lo tanto cuidado de todas mis hijas. Las lágrimas me ganan veinte veces al día cuando pienso en todo lo que Dios hace por nosotros..."* Y a manera de lisonja bien merecida, escribe a Gabriel: *"No tengo sino el tiempo de decirle ¡cuán feliz soy, en medio de dificultades y penas, de tener una familia cuyos miembros se quieren de todo corazón, para no querer agradar sino al Corazón de nuestro adorable Maestro J.C."*

Ya lo hacen los Fundadores: juntar en un solo afecto a ambos superiores de Poitiers. El Señor regala el don de la amistad a quienes ha unido en un servicio común. En su amistad con Isidoro aparece toda la capacidad de afecto de Gabriel. Su sensibilidad femenina encuentra un medio de expresión que plenifica y enriquece su misión y su vida. Así lo afirma la Buena Madre con sagacidad y amplitud de miras:

"Trate de tomar al señor Isidoro por confidente de sus molestias, crea que encontrará en él lo que un alma delicada y sensible puede desear. Sean un fuerte apoyo el uno para el otro; la confianza que tiene en usted, la necesidad que tendrá de usted en mil circunstancias, le dará, espero, una cierta soltura con él, que le es necesaria y no daña el respeto"... "A Isidoro que tome descanso con Gabriel porque esas horas lo rehacen y ahí bebe el alimento que entrega a otros".

Desde 1802, en que los Fundadores parten a Mende hasta 1819 que Isidoro es no m-

brado Superior del seminario Diocesano en Tours, ambos son responsables de esa casa que mecío los primeros días de la Congregación.

Con los años se suma a la enfermedad y cansancio, la lejanía de los amigos, la soledad. *"No crea que estoy apegada a la vida, la dejaría alegremente si pudiera abrirle mi corazón. Todavía estoy en estado de viajar. Me abandono a Usted y al Buen Dios... Adiós, Buena Madre"*. Tampoco sabe del Buen Padre y *"sin noticias de París, Isidoro sin tiempo para escribirme, la vida me es penosa"*.

En esa primavera de 1829 llega al final de su ruta. Afirma que no ama menos a Isidoro, o a Henriette, por su ausencia, pues su cariño está cimentado en algo más definitivo, invisible. Repite su lema de siempre: ¡la santa voluntad de Dios! Al renovar sus votos con la comunidad reunida insiste en la unión de todas y en la fiel adhesión a los Fundadores. Había escrito una oración a María que repetía todos los días pidiendo la gracia de pertenecer a Jesús "y que particularmente a la hora de mi muerte su amor sea todo mi bien".

Para los Fundadores es un pedazo de corazón que se va, algo del mágico momento de los inicios; Henriette lo vive en triste silencio, el silencio en que la envolverá la enfermedad unos meses después. El Buen Padre sabe la noticia en Roma. El, que la ha conocido tan joven, no duda que será nuestra abogada en el cielo. *"Era una de nuestras primeras hijas espirituales"*.

Su cuerpo es acogido por la tierra del pequeño cementerio hecho por ella misma, ahí en el jardín de la Grand' Maison, testigo de su entrega. Su alma sigue viviendo por esos grandes amores que no tienen espacio ni límites: Jesús y María, la obra de sus Corazones, sus amigos, los que vendrán... Nada puede detenerla ya, a ella que había escrito: *"La Patria de una Hija de los Sagrados Corazones es la inmensidad de Dios"*.



D. ANEXO: EL PADRE ISIDORO DAVID

Cuadernos de Espiritualidad, nº 17, pp. 29-36
Juan Vicente González, ss.cc.

³ Del P. Isidoro David (1771-1847), tenemos relativamente pocos documentos: escasas cartas, ningún diario de vida ni apuntes personales. Toda la información proviene de las "Memorias" de Sor Gabriel (sic) de la Barre o de Hilarión Lucas y de numerosas menciones dispersas en toda la correspondencia de la Comunidad.

De la misma generación del P. Coudrin, - tenía tres años de diferencia con él -, compartió su misma suerte: tuvo que vivir su fe en medio del torbellino revolucionario, y realizar su consagración religiosa en una Iglesia profundamente turbada por los acontecimientos y servir la "Acción de Dios" (Oeuvre de Dieu) como a quien nada se puede negar. Después de una entrega tan práctica y total no queda existencia para otra cosa. El P. Isidoro fue un hombre devorado por su servicio apostólico. En cada día no había resquicio para nada más. Cada noche dormía su sueño en una tabla colocada sobre dos banquillos: ninguna concesión a la comodidad. Perteneció a una generación de pioneros que no conoció el descanso o las vacaciones, hasta que escuchó el "entra en el gozo de tu Señor". (Mt 25,21) La intensidad de la vida cotidiana nos permite sospechar la densidad y riqueza de su entrega personal a los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

Sor Gabriel de la Barre nos informa acerca de cómo llegó el Padre Isidoro a ponerse en contacto con la Congregación: "Pocos días después de Navidad (de 1800, en que los Fundadores habían pronunciado sus votos), vino un sacerdote católico (no cismático) a pedir hospedaje por una noche en nuestra casa (la Grand'Maison de Poitiers). Habló con el P. José María (Coudrin) acerca de un joven que aspiraba al sacerdocio, y con quien él había hecho sus estudios antes de la Revolución. Ese joven vivía a algunas leguas de aquí (Poitiers). Nuestro Reverendo Padre supo a través de la Virgen (revelación a la Buena Madre) que convendría para la Congregación. Lo mandó a buscar, proponiéndole solamente facilitarle los medios para dar con el obispo que lo debía ordenar. Aceptó sin dilaciones, y aprovechó así con fidelidad la primera gracia que se le ofrecía. La acogida afable que le brindó nuestro Reverendo Padre y las primeras informaciones que tuvo de su Instituto, le inspiraron confianza e interés. Se le preguntó si quería hacer un ensayo. El accedió, y pronunció sus primeras resoluciones, pero luego, abriendo siempre más su corazón a la gracia que lo impulsaba con fuerza, no tuvo ya otro deseo que el de consumir su sacrificio haciendo sus votos. Nuestro Reverendo Padre no tuvo necesidad de examinar por mucho tiempo a una persona en quien las virtudes propias de la vida religiosa parecían nacer y perfeccionarse con una rapidez de que no se encontrará otros ejemplos. Era ya desde entonces lo que ha seguido siendo después (Sor Gabriel escribe a fines de 1802 o 1803) por sus sentimientos: el más celoso cooperador de los trabajos del Fundador, el más afectuoso y obediente de sus hijos, el más fiel de sus amigos. Se decidió que hiciera sus votos con el P. Hilarión el 2 de Febrero (de 1801), día de la Purificación de la Santísima Virgen, que las Celadoras añadirían a los suyos el voto de pobreza, que nuestro Reverendo Padre y nuestra Reverenda Madre

³ Ponemos entre paréntesis las anotaciones nuestras que nos han parecido necesarias para leer correctamente los textos.

renovarían los que habían formulado el día de Navidad, y que todos, en fin, realizaríamos la ceremonia de la profesión religiosa tal como se practicaba en los antiguos monasterios". (Ritual de la postración bajo el velo mortuorio con un "Miserere" y resurrección con el "Te Deum") (G.B. Mémoires, 1,77. Annales 1962, IV, p. 216)

Este joven que se llamaba Pedro David, tomó en la profesión el nombre de Bruno, que luego cambió por el de Isidoro, en honor de un santo del tiempo de los padres del desierto, que se distinguió por la hospitalidad, y que tenía una hospedería para los pobres y peregrinos. El "Hermano Isidoro", como se lo llamó en la Congregación, nacido en Montsoreau (Maine et Loire), el 13 de Abril de 1771: tenía a su llegada 29-30 años. Antes de la Revolución, había hecho estudios eclesiásticos en el Seminario Menor de Poitiers (S. Carlos), hasta que se vio obligado a retornar a su casa. Ahora no deseaba sino llegar al sacerdocio para ponerse al servicio de la comunidad eclesial.

El 18 de Febrero caía en 1801 el Miércoles de Ceniza. El Fundador decidió que, iniciada la Cuaresma, partiera el H. Isidoro a la Ardèche, donde Monseñor d'Aviau, Arzobispo de Vienne desde 1790, iba a hacer una ordenación. El Prelado había pertenecido hasta 1790 al clero de Poitiers donde había ejercido cargos importantes, y había conocido a Pedro Coudrin, distinguiéndolo con su amistad. Emigrado a Italia durante la Revolución había sido uno de los primeros obispos en volver a Francia, a pesar de que el viaje le costó grandes penalidades, pues lo tuvo que hacer en gran parte a pie, y el tenía entonces 65 años. Con la ayuda de sacerdotes heroicos, había mantenido en las montañas de la Ardèche un seminario clandestino, en ese momento desbordante de vocaciones.

El viaje de nuestro Hermano Isidoro no fue fácil, porque tenía que ser secreto. Tuvo que hacerlo casi todo a pie, y eso en una estación muy fría y en un recorrido no inferior a los 400 km. Pero fue un viaje feliz. El Arzobispo lo acogió con gran benevolencia, y le confirió en 12 días todas las órdenes. Como si eso fuera poco, reconoció en el candidato su calidad de "religioso", dando así un espaldarazo al P. Coudrin, que no contaba en ese momento con otra aprobación que la de los Vicarios de Poitiers "sede vacante". La ordenación misma fue en Vernosc el 4 de Abril de 1801. El nuevo sacerdote se apresuró en volver a Poitiers para cantar en medio de su Comunidad su Primera Misa.

El año 1801 fue un año intenso para la naciente Comunidad. La muerte vino a cobrar sus primeras víctimas, llevándose a varias hermanas relativamente jóvenes, y junto con ellas a Mme Aymer, madre de Enriqueta. La visiones de la Fundadora, que jalonaron todo ese año consolidaron la confianza de la naciente Congregación en su propio carisma. La rama de los Hermanos pudo separar casa y obtener la aprobación de los Vicarios el 20 de Mayo. A fines del año, los visitó por un par de meses Monseñor Juan Bautista de Chabot, tío de Enriqueta, que había renunciado a su diócesis de Saint-Claude (Jura), como lo había pedido Pío VII a todo el episcopado francés, y esperaba una nueva designación. Era el primer obispo en comunión con el Papa que visitaba la ciudad después de la Revolución. Tenía en ese momento 61 años, y era un prelado muy prudente y espiritual. Pedro Coudrin se abrió con él y le suplicó que visitara con cuidado la naciente Comunidad y le diera su parecer sobre las revelaciones de su sobrina. El obispo quedó admirado de la vocación de la nueva Congregación y reconoció en las comunicaciones de Enriqueta la mano del Espíritu. Esto no sólo consolidó los destinos de la Fundación, sino que le aseguró el apoyo incondicional del obispo, que si bien no podía ingresar en la Congregación, más tarde cuando dejó su diócesis, se fue a vivir con el Fundador en París amparándolo hasta su muerte.

Esta digresión en detalles de la vida de la Comunidad, que estaba en recientes ajustes, no resulta inútil para apreciar el espíritu de nuestro Hermano Isidoro, que se mostró desde muy temprano tan sólido y definitivo en su adhesión a la Congregación. Cuando en Mayo de 1802, el Espíritu llamó a nuestro Fundador junto a Monseñor de Chabot, ahora

Obispo de Mende, a 500 kms al sur-oriente, y él lo siguió sin titubear, llamando poco después a la Madre Aymer a las montañas de la Lozère, la casa de Poitiers entró en una crisis muy explicable: esa prematura división, la Comunidad recién nacida, ¿la iba a resistir? Los sacerdotes amigos de Poitiers se encogían de hombros. En ese clima de escepticismo, si no de franco pesimismo nuestro Hermano Isidoro tuvo que vivir la fidelidad a su vocación religiosa y creer en el Amor de Dios por la Congregación. El Fundador lo nombró Superior de la Grand'Maison, mientras Gabriel de la Barre quedaba como Superiora.

Los amigos del clero, seguían pensando lo de la aprobación: es "una Sociedad tan apta para hacer amar el Evangelio...", pero así, partida, caminaba a su extinción... Nuestra cronista de la primera hora nos informa:

"La oscuridad en que deseábamos vivir (debido a que la vida religiosa era ilegal, y especialmente indeseable para Napoleón) parecía una locura a los ojos de los que nos querían algo. El H. Isidoro mientras tanto, prestaba grandes servicios a la diócesis; estaba siempre pronto a ejercer el santo ministerio cada vez que los Vicarios Generales o los curas se lo pedían. En un jubileo, confesó a casi toda una parroquia de la ciudad, la más numerosa en ignorantes y gente pobre. Las prisiones, los asilos de mendigos, los criminales condenados a muerte, los infelices de todo género eran también objeto de su celo". (G.B. Mem.II, 171)

Este cuadro nos podría hacer pensar que nuestro H. Isidoro era un sacerdote disponible por desocupado. Nada más remoto de la realidad. Asumió la tarea de formador de las jóvenes vocaciones, que el P. Coudrin le iba mandando desde Mende, pues la Lozère y la Ardèche se mostraron un vivero de vocaciones. Desde 1803, con la fundación de Cahors se empezó a incrementar con la contribución del Lot. Isidoro llegó a tener un internado de más de cuarenta alumnos de todas edades. Para aumentar su disponibilidad, estimulaba el sentido de responsabilidad de sus alumnos, confiando a los mayores la vigilancia y atención de los pequeños, dejándolos muchas veces solos con un ancianito y un hermano no-sacerdote. Gabriel de la Barre, que nos trasmite la información, añade con admiración, que a todo esto sumaban tres clases al día: una de teología, otra de filosofía, y una tercera de retórica. (G.B. Mem. II.209)

Hay que anotar aquí también, que el P. Isidoro había heredado la confianza que S. Andrés Fournet tenía en Pedro Coudrin desde su infancia, cuando su tío y padrino Francisco Rion, que había sido Vicario suyo en Saint-Pierre-de-Maillé, lo llevaba con él a pasar sus vacaciones. Por esos tiempos, S. Andrés era también un Fundador: había formado una comunidad femenina: las Hijas de la Santa Cruz, y mandaba a Isidoro las vocaciones de hombres que descubría. Es el caso, por ejemplo, de los hermanos Maigret: Hilario, profesor de teología en Picpus; Desiderio, misionero y Vicario Apostólico en las Hawaii; y Bernardino, que fue Consejero General.

En 1812, el P. Isidoro tenía en su internado 51 alumnos. La curia de Poitiers se empeñó en que el religioso tomara el Seminario Menor y dejara su colegio, admitiendo en el Seminario a todos sus alumnos, en las condiciones económicas en que los tenía. Isidoro cedió.

A juzgar por las impresiones de Gabriel de la Barre, la experiencia resultó bastante negativa para la Congregación: allá por los años 1814 o 1815, cuando nuestro hermano volvió a su residencia de Los Parrales de Arriba (Grand'Maison), no volvieron los alumnos que había aportado. Engañado, él sintió que no se había respetado la indispensable autonomía de la Congregación, que por ser clandestina, vivía en estado de indefensión jurídica y canónica.

En Diciembre de 1817, el P. Coudrin lo instaló como Maestro de Novicios de Pic-

pus. No duró mucho en el cargo. Monseñor du Chilleau, nombrado Arzobispo de Tours en 1817, vino a vivir en la casa de Picpus. Desde 1814 había conocido al P. Isidoro y tenía por él tan grande estimación, que se lo pidió al P. Coudrin como Vicario General y Rector del Seminario Mayor de su Diócesis. El P. Isidoro llegó a Tours el 24 de Octubre de 1819.

El apoyo del Arzobispo de Tours se mostró providencial. Desde el momento de la muerte de Mons. de Chabot (28.04.1819) la Congregación se vió privada de su protección frente a la curia de París, que pretendía ignorar la aprobación romana (10 Enero; 17 Noviembre 1817) y en consecuencia, tratar a todo su personal como si fuera clero de su jurisdicción. Frente a esa realidad fue muy decisivo para el Fundador contar con el reconocimiento de los obispos en que tenía sus casas: Poitiers, Mende, Cahors, Le Mans, Laval, Sées, Sarlat (Périgueux), etc.

En Febrero de 1829, había corrido mucha agua bajo los puentes, y el P. Coudrin estaba en Rouen, como Vicario General del Príncipe de Croij, que era Cardenal. A la muerte del Papa León XII, el 10 de ese mes, el Cardenal insistió en llevar a su Vicario como conclave. ¿Quién lo reemplazaría como Vicario General de Rouen? El Fundador no dudó en acudir a la disponibilidad de Isidoro, y lo dejó en lugar suyo en Rouen, con la aprobación del Arzobispo de Montblac a quien costó mucho conceder el permiso, sobre todo cuando, a su vuelta, a fines del año, el P. Coudrin lo retuvo en Rouen como Rector del Seminario Mayor.

Llamado a Picpus en 1842, fue elegido primer Consejero General en el Capitulo General de 1843. Murió el 11 de Junio de 1847. El P. Isidoro David fue, sin duda, el primer discípulo del P. Coudrin, aunque llegó a la Grand' Maison después de sus votos, en la Navidad de 1800. El fue el primer sacerdote ordenado para la Congregación, y representó siempre para el Fundador el don de una comunión sin nubes, de una disponibilidad sin límites y una fidelidad tan sólida que siempre pudo confiar en él, contar con él.

Modesto, humilde, amable y fraterno con todos en la Comunidad, tuvo votos en la elección del sucesor del P. Coudrin, a pesar de que la avanzada edad, no recomendaba votar por él. El P. Isidoro fue siempre muy querido en la comunidad y se ganó la veneración de todos.



PERFIL DEL BUEN PADRE

1. REGLA DE VIDA

Al término de esta Regla, que quiere indicarte las actitudes y los valores evangélicos que debes incorporar a tu vida, considera con gratitud al hombre que Dios escogió para hacer nacer en su Iglesia la Comunidad a la que has vinculado tu existencia.

La vida del P. José María Coudrin es un modelo de lo que se pide de ti. La respuesta que él dio a Dios puede ser para ti una enseñanza, aun cuando las circunstancias y el lenguaje de hoy sean distintos de los de su época. A través de algunos rasgos de una vida tan densa, podrás ver realizado su ideal, que es tuyo.

1. EL PASTOR

El P. Coudrin fue ordenado sacerdote en marzo de 1792. La crisis religiosa de la Revolución Francesa ya se había transformado en cisma; la mayoría de los obispos habían huido al extranjero y la mayor parte de los sacerdotes contrarios al juramento constitucional se preparaban para marchar o ya estaban lejos de su comunidad.

Él decidió quedarse para no abandonar a los fieles: decisión valiente a ejemplo del Buen Pastor que no abandona a sus ovejas.

Esta actitud de servicio directo de las almas, a la que alienta un celo ardiente por la venida del Reino de Dios, marca su personalidad de una manera tan profunda y definitiva que puede verse en ella, un rasgo típico que le define.

No es teólogo, ni autor espiritual, ni canonista en el sentido en que entendemos hoy estas palabras. El P. Coudrin es ante todo un pastor. Durante los acontecimientos del Terror, se mantiene con riesgo de su vida, al servicio de todos sin distinción, sin mezclar con las consideraciones de las personas la fe en Nuestro Señor Jesucristo glorificado (Sant. 2, 1): Ayuda a los pobres, a los campesinos, a los nobles encarcelados, a los sacerdotes arrepentidos de su juramento cismático, o simplemente a aquellos que tienen miedo de salir de su escondrijo. Durante toda su vida consagra lo mejor de su tiempo al gobierno de diversas diócesis como Vicario general, y a atender a los fieles en el confesonario o por la predicación de la palabra de Dios.

Su Congregación es como una prolongación de su celo: no sólo la pone al servicio de las más urgentes necesidades de la Iglesia de Francia, como la enseñanza, la formación del clero, la evangelización del campo, sino que promueve, en cuanto le es posible, la difusión de la fe cristiana entre los infieles, enviando a las misiones lejanas de Oceanía Oriental, del Oriente y de las tribus indígenas de la América del Norte, a sus más valientes discípulos.

Al principio de su ministerio había tenido la visión de la evangelización de las islas remotas. Murió bendiciendo a sus misioneros.

2. EL FUNDADOR

Saliendo del granero de la Motte d'Usseau el 20 de octubre de 1792, el joven sacerdote Coudrin se prosterna al pie de una encina próxima y hace el sacrificio de su vida: *“Me había hecho sacerdote con la intención de sufrir todo, de sacrificarme por Dios, y, si hacía falta, de morir por su servicio”*.

Tiene la certeza de ser *objeto de un misterioso designio de Dios*, que le destina a fundar una nueva familia religiosa formada por una rama de hombres y otra de mujeres, que se complementarán en la misión de la Congregación.

Esta profunda convicción le anima durante el Terror y le mantiene siempre atento al momento escogido por Dios. Se considera como instrumento de la voluntad divina; lee los signos de la Providencia en los acontecimientos y circunstancias, y tiene una gran preocupación por no anticiparse a los designios del Señor. Su punto de referencia en todas sus empresas es siempre la voluntad divina.

Su vida agitada es lo contrario de una vida sin historia y tranquila: es una vida ininterrumpida de combates, de obstáculos, de dificultades renovadas sin cesar, de disgustos, de preocupaciones.

Ve su comunidad bajo el signo de la cruz: "Somos los hijos del Corazón herido de nuestro Buen Maestro; es muy justo que nosotros participemos en él con una pequeña parte". Su fundación lleva el sello de las obras de Dios, que quiere que la salvación venga por la cruz de Cristo y que las almas se salven por la participación en los sufrimientos del Redentor.

Desde 1793, la dirección espiritual le pone en contacto con las primeras personas que recibieron la vocación de realizar el designio providencial. A éstas las agrupó al año siguiente, dentro del marco de la Asociación del Sagrado Corazón, fundada poco antes en Poitiers.

La devoción a los Sagrados Corazones fue para la nueva comunidad el medio de comunión en los grandes valores evangélicos. El Corazón de Cristo era para esta comunidad la gran manifestación del Amor misericordioso y todopoderoso de Dios. Como respuesta al amor de Dios, era necesario adoptar con el Corazón de Cristo, en Él y por Él, la actitud del Siervo de Yahvé y entrar en la obra redentora, reparando así el pecado de la humanidad.

Al presentarse el Corazón de María como inseparable de Cristo, en la manifestación del amor de Dios y en la realización de la obra de redención, era preciso pasar por María para entrar en la obra de Cristo.

Desde el comienzo, la Comunidad se centra en la Eucaristía. El Fundador, que recibió su vocación en el transcurso de largas horas de adoración en el granero de la Motte y que durante mucho tiempo llevó sobre sí el Santísimo Sacramento en lo más duro de la persecución, transmite a su Comunidad esta manera de orar, de la que la Madre Emiqueta Aymer de la Chevalerie se convierte en ejemplo vivo.

La comunión en estos valores crea una estrecha fraternidad, que realiza el deseo tan frecuentemente expresado por el P. Coudrin: no formar sino un corazón y una sola alma. La estima mutua, el respeto, el servicio fraterno en la sencillez de una familia, constituyen los lazos que unen hermanos y hermanas en la gracia y en la paz del Reino. El Fundador en nada insiste tanto como en "la unión en los Sagrados Corazones".

La comunidad toda entera, en la complementariedad de las diversas vocaciones, se esforzaba por imitar y reproducir lo que entonces se llamaba las "cuatro edades" del Señor. Cada uno, en su trabajo diario, intentaba hacer visible el centro de toda Redención.

3. EL SUPERIOR

El P. Coudrin jamás se sintió "propietario" de su comunidad. Ve con mucha claridad que su obra no es suya; uno de los nombres que emplea con más frecuencia para designarla es: "la Obra de Dios". La fundación, su crecimiento, el desarrollo del Instituto se le

aparecen como la acción, a veces milagrosa, de la Providencia de Dios, que manifiesta su amor de mil maneras.

Siente la necesidad de integrarse en la Comunidad, sin buscar en la autoridad un pretexto para situarse por encima de ella. Le horroriza que se le llame "Reverendo", y el único título que acepta es el de "Padre", porque expresa una relación de afecto y una responsabilidad con respecto a sus hermanos.

Ejerce su autoridad con un agudo sentido de las personas, y sabe que no tiene el monopolio de las ideas. Reconoce el carisma de profecía de la Buena Madre, no sin antes haberla puesto primeramente a prueba.

Gestiona su obra como un buen guía, teniendo la preocupación de no malgastar las fuerzas jóvenes que el Señor le envía: "No exponer la salud". Estimula, alienta, reprende con discreción; comprensivo y lleno de ternura con las personas, no deja de decir por eso la verdad, por dura que sea, cuando es necesario. Nadie fue más abierto a la colaboración y al diálogo que él. Frecuentemente pide el parecer, tanto de los superiores como de los hermanos.

Por otro lado, sigue y controla cada día, la marcha de las casas y el comportamiento de las personas: "Tenedme al corriente".. "Sed fieles en escribirme". El fervor de las almas, la libertad de las conciencias, todo, así como la salud de los cuerpos, es objeto de sus preocupaciones. No limita sus atenciones sólo a los religiosos, sino que las extiende a sus familias, particularmente a los padres. Continuamente recuerda las normas fundamentales y la necesidad de mantener el espíritu de la Congregación.

Ausente a menudo de las Casas, está presente en todas las comunidades por su correspondencia, breve, precisa, esclarecedora, por su corazón y sobre todo por su espíritu, que mantiene la cohesión, la unidad de miras y de acción.

Porque se sabe el representante de Dios, lleva en todo una gran tranquilidad de espíritu, una fe en la Providencia, una rectitud de intención y de mirada, una naturalidad y una sencillez de procedimientos, al mismo tiempo que la energía de un conductor de hombres. Es siempre realista, con un realismo hecho de disposiciones naturales y de confianza en Dios, fundado en la caridad de Cristo y en la convicción de hacer la "Obra de Dios". Si hay alguna cosa que el P. Coudrin ignora, es, verdaderamente, la diplomacia, que se sirve de las personas y busca caminos tortuosos para llegar a sus fines. Siempre es claro en todo. Se sabe lo que piensa y lo que quiere, y lo propone con firmeza, pero dejando a cada uno su propia responsabilidad.

Durante su gobierno, que duró 37 años, todos sintieron siempre que era verdaderamente el "Buen Padre".

2. PERFIL ESPIRITUAL DEL FUNDADOR

“Servidor del Amor”, Santiago (Chile), 1990, 501 pp.
Juan Vicente González, ss.cc.

Hasta aquí [el final de la biografía] hemos cuidado evitar que se nos formara una síntesis precipitada e infundada de los rasgos característicos de la personalidad espiritual del P. Coudrin. Una imagen prematura podría encarnar todos los inconvenientes de un *prejuicio*, tanto el de distorsionar la objetividad de la información documentaria por una parte, como el de volver dudosa la misma, por otra.

Una vez recorrida la vida entera de Pedro Coudrin, parece llegado el momento de intentar un esbozo de su fisonomía espiritual y tratar de organizar las grandes líneas de su personalidad evangélica. Para ser honestos, no pretendemos dar a estas líneas más categoría que la de unos *apuntes*, semejantes a los que hacen los pintores antes de empeñarse en la obra del *retrato*.

1. PASTOR Y MISIONERO

Si hay un rasgo indiscutible en Pedro Coudrin, es su vocación activa. Su temperamento innato, su carácter, significan el primer elemento de su personalidad y no hay duda de que era decididamente impulsado a la acción: tenía muy expedito el camino psicológico que une *la decisión y la ejecución* de un proyecto cualquiera. No parece haber padecido perturbaciones emotivas. Su estado de ánimo dominante era sereno, incluso frente a las más inquietantes situaciones. Era constante. En los acontecimientos presentes, le preocupaba más su desenvolvimiento futuro, los objetivos de largo alcance, sin descuidar lo vivo y actual. Lo miraba todo como una promesa del Reino. Estaba poseído por grandes amores, grandes ambiciones y, espontáneamente asumía las responsabilidades correspondientes y tomaba la dirección de los grupos. Tenía una gran sensibilidad musical. Fue para él un gran sacrificio renunciar a la flauta en los años de su seminario. Su arrullo lo conmovía. Como a un buen romántico, había músicas que le arrancaban lágrimas. Era de una gran ternura caracterológica, es decir, una gran capacidad de sentir los dolores y los problemas de las personas, como si fueran propios. Acaso por eso fue un hombre de grandes y duraderas amistades. Como orador sagrado, siempre tuvo el don de convencer a sus auditores y a sus dirigidos de la bondad de Dios, de su Amor gratuito y universal. Sabía alumbrar la esperanza e introducir en el mundo de la caridad.

Desde temprano, la Providencia lo fue llevando a desarrollar las características del *pastor* que va en busca de la oveja perdida, y que la sabe llevar hacia aguas tranquilas y reposar en verdes praderas. Del mismo encierro de La Motte d'Usseau salió decidido a *llevar el Evangelio a todas partes*, es decir, a volverse *misionero*.

2. CELADOR DEL AMOR DE DIOS

Pedro Coudrin es un pastor que se abre al ministerio a los veinticuatro años de edad, en medio de un mundo en que todo lo construido en siglos por la Iglesia, cae arruinado y envejecido. El deísmo de *las Luces*, habla de *Ser Supremo*, de *filantropía*, como él mismo anota, pero ignora el Amor de Dios y la Caridad Cristiana. Se ha desencadenado una campaña de agresiva descristianización. Por todas partes, además, él descubre *cristianos infieles y cobardes*. Una *llama divina* -es su expresión- se apodera de él. La palabra para decir

lo que le pasa, al encuentra en los Salmos: *El celo de tu Casa me devora* (Sal. 68, 10); *Mi celo me consume, pues mis enemigos olvidan tus palabras* (Sal. 118, 139). Sí, se necesita un celo ardiente y valeroso. Esos dos epítetos, no sólo entran en su vocabulario más frecuente, sino que caracterizan su actitud más típica.

Sometido a prueba por el dolor que le causa la situación de su pueblo y de la Iglesia, experimenta la impotencia, hecha más dura por el mismo celo, de poder hacer algo para remediarla. Reducido a la condición de un pobre más de los miles de vagabundos que pululan por los caminos de los campos y las calles de la ciudad, descubre a Jesucristo. El asume en sí los pecados del mundo, y comparte la suerte de la humanidad arruinada. La *Acción de Dios* (l'Oeuvre de Dieu) no está bloqueada, como la acción humana, por el mal. Jesucristo está resucitado y no abandona a los suyos. En su vida terrena y, especialmente, en su pasión y cruz, se encuentra el mejor modelo de servicio a la *Acción de Dios* en el mundo.

Dicha *Acción* revela el gran amor con que ama Dios al mundo (Jn. 3, 16). En la vida de Jesús y, especialmente, en su cruz, se nos muestra el camino para servirla. Nosotros diríamos hoy que *hay que hacerse siervo con el Siervo*. Humillarse bajo la poderosa mano de Dios, que maneja la historia humana y sufrir como Cristo, con Cristo y por Cristo, ahí está el secreto.

Urge convencer a los cristianos de la bondad de Dios y del amor que hay en la vocación a la cruz; desde que Jesús dijo: *"El que quiera venir en pos de mí, que cargue con su cruz y me siga"* (Mc. 8, 34). Pedro Coudrin tenía ese carisma: sabía hablar de la bondad de Dios y de la felicidad de la cruz, del amor con que nos ama en ella.

Esta opción de celo por la *Acción de Dios* creó en él una particular sensibilidad a su palabra contenida en la Escritura, y donde se expresa su designio, en tal forma que nos ilumina en el discernimiento de su *Acción*. También tuvo una gran atención a la historia de la Iglesia, que ilustra la sabiduría con que la *Acción de Dios* realiza ese designio en el tiempo. A fin de mantenerse en contacto vivo con la auténtica *Acción de Dios* y poderla servir de verdad, cuidó siempre mucho la *comunión* con la jerarquía: los obispos y el Papa. Nunca sacrificó a ninguna opción personal esa fidelidad a la comunión con la Iglesia.

Fuera de la construcción misma de su comunidad y del ministerio de Vicario de varias diócesis, su servicio predilecto y callado fue el de la confesión y acompañamiento espiritual de personas. La importancia de la persona, sin prejuicio selectivo o espíritu empresarial, lo llevaba a actuar como el Buen Samaritano, atendiendo con amor a quien Dios ponía en su camino, para llevarlo a la posada y sanarlo de sus heridas.

3. UN CORAZÓN NUEVO

El celo por la *Acción de Dios* y la consiguiente entrega a la cruz con el Siervo, sacaron a Pedro de su encierro de La Motte. Sobre todo después de la *visión*, se sintió elegido por Dios para construir una comunidad que *llevara el Evangelio a todas partes*. Había que entregar la vida a esa *Acción de Dios*, servirla y no postergar un día la ejecución de ese designio, en cuanto de él dependiera. Así llega a Montbernage y le visten el guardapolvo azul desteñido de los pobres de Los Incurables. Nace *Andatierra*.

En Montbernage se encuentra con el mensaje del Corazón de Jesús y del de su Madre. No es cosa de libros, que vendrán después. Es asunto de vida en la fe de ese pueblo de pobres. Es el lenguaje con que fueron evangelizados más de medio siglo antes por el misionero Grignon de Montfort. La presencia de las Hijas de la Sabiduría ha mantenido la llama. Comienza a decir, cada vez que puede, la misa del Sagrado Corazón de S. Juan Eudes. Comprende que el Corazón de Cristo es el Corazón Nuevo prometido en Jeremías y en

Ezequiel. Es una nueva hondura en el mismo misterio del Siervo. En el desafío de establecer una estrecha y plena comunión *de corazón* con Jesucristo-Siervo, comprende que el Corazón de María es el modelo acabado y como el camino más expedito. Al Corazón de Jesús, el Siervo, hay que ir por el Corazón de María la Sierva del Señor. Esa *comunión* es el modelo de la *comunión de corazón* que fundamenta la comunidad que está llamado a fundar.

Consagrarse al Corazón de Jesús y al de su Madre, es entregarse a la *Acción de Dios* tal como la realizan el Siervo y la Sierva, como una sola persona. El *Corazón Nuevo* es un corazón que cree en el Amor del Padre: es *un corazón de hijo* como el de Jesús. Un corazón que confía en Dios y en el poder salvador de su Acción misteriosa; que como el Siervo carga con la cruz de cada día y se interesa por el hombre; se compadece de su situación de pecado y de ruina espiritual y humana. Por eso se abre con el Siervo y la Sierva a todos los hombres y acoge a todos, tratando de que lleguen todos a *tener un solo corazón y una sola alma* como los primeros cristianos. Así se realizará lo que Cristo pidió a su Padre antes de su pasión: *Que sean uno [...] para que crea el mundo que Tú me has enviado*. El *Cor Novum* lleva al *Cor Unum*.

Esta opción por el Corazón, envuelve una opción por lo pequeño y oculto, por lo vital y lo humilde, que es una garantía de fidelidad al Evangelio y un antídoto contra la permanente amenaza de contaminación mundana. Pedro Coudrin hizo de esa línea de conducta un rasgo de su personalidad espiritual.

4. EL ADORADOR PERPETUO

Desde su niñez, Pedro fue sensibilizado a la presencia de Cristo en la Eucaristía. Particularmente en La Motte se desarrolló en él la contemplación del Siervo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz, adorando a su Padre. La Eucaristía es el Sacramento del Sacrificio del Siervo, las especies consagradas, una prolongación de su presencia. Una vez salido de su encierro, durante casi dos años llevó siempre pendiente del cuello un estrecho portacomuniones de madera con el Santísimo. Se mantenía en permanente Adoración. Acompañar a Cristo en su Adoración de Siervo, se tornó en un imperativo para él.

Las palabras de Jesús en Getsemaní fueron como un dardo que nunca pudo arrancarse del pecho: *Mi alma está triste hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo* (Mt. 26, 38). Y al advertir cómo sus tres preferidos duermen, las palabras que dirige a Pedro: *Simón ¿duermes? ¿No has podido vigilar una hora? Velad y orad para que no entréis en tentación. El espíritu es ardiente, pero la carne es débil* (Mc 14, 37-38).

Pedro Coudrin sintió que tenía que acompañar a Jesús en su solitaria Adoración del Padre. En los sufrimientos de la Iglesia de su tiempo, en las profanaciones de su culto, en el lenguaje blasfemo de los volterianos en boga, él sentía muy actual el motivo de la agonía de Cristo. Por eso le parecía urgente acompañarlo. O *reparar*, como él decía con un sentido que excedía el mero desagravio, e insinuaba la necesidad de reconstruir. Su actitud es algo que sin el amor no se entiende: quería dar a Jesús el mismo consuelo que reclamara en el Huerto a sus Apóstoles, darle la satisfacción de *estar con Él* en el ofertorio mismo del Sacrificio Redentor.

Cada noche entre las once y las doce, al envolverse con el manto rojo, se sentía *como Cristo ante su Padre, cubierto con un manto de burla y de todos los crímenes del mundo de que estaba cargado*. Así entraba en *los sentimientos* de Cristo Jesús y reparando las rebeldías de los hombres con la *adoración-obediencia* se sentía acompañar a Jesús, no sólo

en ese momento, sino en toda su actividad sometida a servir la *Acción de Dios*.

De allí nació la *Adoración Perpetua* que luego encontró un signo en la institución de la Adoración ininterrumpida de las comunidades de Hermanas, pero cuya realidad espiritual era la sumisión real del espíritu de cada miembro de la comunidad al designio verdadero de Dios *con Jesús*.

Esa Adoración era una *contemplación apostólica* llena de preocupación por la Iglesia y por su comunidad, como los tiempos lo reclamaban. El sentía que al *adorar al Padre con Cristo*, la intercesión llegaba a la cumbre de su eficacia. A menudo le venía a la mente la comparación con Moisés que en la cumbre de la colina levantaba los brazos al cielo mientras Josué luchaba con Amalec en la llanura (Ex. 17, 10/13). Apoyada en la Adoración de Jesús, presente en su comunidad, ésta pedía aspirar a *llevar el Evangelio a todas partes*.

5. EL "BUEN PADRE"

El último trazo que quisiéramos destacar en Pedro, es su estilo personalísimo de ser Fundador y Superior de su Congregación. Sin duda tenía un carácter de líder y de persona dotada por la naturaleza para ejercer la autoridad. Lo que está más fuera de lo común, es el modo cómo realizó esa misión de crear y gobernar su comunidad.

Hay que anotar, antes que nada, que jamás se sintió dueño de su comunidad, sino modesto servidor suyo. Su Congregación clandestina, que debía evitar todo signo exterior de su presencia, siempre fue para él *l'Oeuvre de Dieu*. Nunca pensó que su vocación de fundar hubiera dado a sus ideas personales la categoría de *voluntad de Dios*. Al contrario, la necesidad de *hacer el querer de Dios*, lo mantenía siempre abierto a sus insinuaciones.

Para servir las exigencias del designio misterioso de Dios, él *cuenta mucho más con la gracia de Dios que con los talentos de los hombres*. Los mensajes carismáticos que recibía de la M. Aymer, tuvieron para Pedro Coudrin una gran importancia.

Dentro de esa perspectiva, gobernó siempre con seguridad y firmeza, pero nunca con dureza. Desde luego, porque siempre se consideró muy integrado a su comunidad como uno de tantos hermanos, sin aprovechar nunca del poder para reservarse privilegios. Al contrario, como por ejemplo en Troyes, escogía la peor habitación para él, como si se hubiera quedado con una misteriosa nostalgia de su primitivo granero. Sobre todo en Rouen y en Troyes, en su cargo de Vicario General, se considera un poco en el destierro. Si lo aceptó fue únicamente por el bien de la Congregación y como un servicio para la Iglesia.

Su gobierno fue siempre bondadoso. Siempre tenía presentes a las personas. No hay duda de que poseía un don muy especial para acoger a todo el mundo y hacer sentirse a cada uno muy a sus anchas con él. En sus cartas, era frecuente que nombrara a cada hermano o hermana, y que tuviera una palabra especial para él o para ella. Nunca hacía sentir a las personas el peso o las aristas cortantes de la institución, pero sí las exigencias de la comunidad fraterna. No se cansaba de repetir: *¡Quiéranse!*

Impulsado por la Providencia a crear una comunidad religiosa nueva, en las condiciones de la clandestinidad más estricta que imponía la circunstancia del Terror, recibió el carisma de crear comunión entre las personas. Sin poder recurrir a ningún elemento visible, que pudiera delatar su intención, supo hacer que la comunión de fe, de esperanza y de amor, sustituyera con ventaja a la disciplina exterior. Supo *presidir la caridad*, y arrancó espontáneamente el título de *Buen Padre*.

CONCLUSIÓN

Hemos presentado en este ensayo de síntesis un esbozo de la fisonomía espiritual del Fundador. Tenemos la convicción de haber logrado algo bastante aproximado a la realidad interior de Pedro Coudrin, tal como emerge de los documentos considerados en su conjunto. Creemos honestamente que explica centenares de textos y de actitudes suyas.

DOCUMENTACIÓN

Para facilitar una revisión documental, anotamos a continuación los documentos que hemos tenido presentes.

1.- Para el primer rasgo, el de **Pastor y Misionero**, no hay necesidad de particular documento. Sin embargo, hay referencias de información:

- Ministerio sacerdotal B.P.: J.V. p.173-178. Cf. Q.R. Hilarión, JV, p. 549-564
- Misiones diocesanas: JV. p. 179-200
- Misiones extranjeras: JV. p. 201-263

2.- Para el de **Celador**:

- "El Sermón del sufrimiento" (BP. 2022), cf JV. p. 531-542/453-455
- "El Sermón de la fe" (BP. 2199), cf JV. p. 542-543
- "Memoria sobre el título de Celadores" (BP: 519), cf Ann. 1963, p.220
- Fórmula de los votos, cf JV. 468
- El cielo, cf JV. p. 124-126

3.- Para el de **Corazón** Nuevo especialmente lo dicho en:

- JV p. 432 y 463 y la carta a S. Gabriel de la Barre (BP. 192), cf JV. p. 546; la Misa del S. Corazón, cf W. p. 507
- "Consejos sobre la Adoración", cf JV. p. 507
- "Oración al Corazón de María", cf Huselmans, "Capitulo Preliminar" Madrid, 1963,p. 152
- La Devoción a los Sagrados Corazones, cf JV. p. 432-463 (456-463)

4.- Para **Adorador Perpetuo**

- "Memoria" (BP. 520), cf Ann. 1963, p. 224
- "Consejos", cf JV. p. 507; especialmente en JV. p. 497-519

5.- Para **Buen Padre**

- "Regla de Vida", Perfil del P. Coudrin, p. 105
- JV. P. 368-376

SIGLAS

Ann.: "Annales des Sacrés Coeurs", publicados en 1872-1880; 1894-1914; 1920-1968.

JV.: Juan Vicente González, "El Padre Coudrin, la Madre Aymer y su Comunidad", Roma 1978

3. A TRAVÉS DE LA PRUEBA

Mons. Albert Rouet, obispo de Poitiers.
Extracto de la homilía 25.12.2000, en la Grand'Maison

El precio del verdadero amor

Los que han atravesado por tales pruebas en las que su vida ha estado en peligro, su reputación y su honor se han visto cuestionados, querríamos que siguieran después lozanos, despiertos, con el alma en buen estado, serenos y tranquilos...

Querríamos, del mismo modo, que la vida cristiana no consistiera mas que en ofrecer a Cristo nuestras cualidades y virtudes de las que nos sentimos orgullosos. Sin embargo, Cristo – hay que decirlo- las tiene todas, no veo lo que las nuestras podrían añadirle! ¡Dejemos el humor a un lado!

Sin embargo, algo parece que no encaja, pues son nuestros límites, nuestras heridas y nuestras llagas, lo que Jesús ha venido a incorporarse en Navidad. No nuestras cualidades, sino nuestras penalidades. Porque el amor no consiste simplemente en aceptar las cualidades del otro, como acaecería con una estatua: amar, es amar a otro tal como es, con sus incomprendimientos, sus llagas, sus búsquedas, su ser inacabado. Si Navidad sobre la paja y el frío tiene un sentido, este es ciertamente el de asumir al hombre tal como es en su verdad.

Os recuerdo estos dos principios porque existe, me parece, una lectura superficial sobre el temperamento de vuestro fundador, como del de vuestra fundadora. Pienso que se trata de comprender mucho más profundamente, superando la simple constatación de los hechos, tanto lo que aparece a través de los diversos vicariatos generales en Mende, Troyes, Sées y Rouen, todos ellos terminados de manera un tanto difícil y delicada, como el saber de dónde procede la rigidez aparente o la emotividad totalmente superficial de la Hermana Enriqueta.

En verdad, y comencemos por ello, Pedro Coudrin no poseía un carácter fácil. Le gustaban poco las conversaciones de salón, y no le apasionaban las partidas de billar del cardenal de Croy, príncipe-arzobispo de Rouen, al que por otro lado no le agradaba perderlas! Puede tomarse como una simple anécdota. A mi parecer, la anécdota va más lejos. Aparece aquí encausada la manera con que un hombre sobrelleva las heridas que le ha hecho padecer la historia. Esta fortalece los rasgos de carácter, ciertamente, pero la manera de vivir las pruebas que ha atravesado, traduce la calidad de su corazón.

Una observación. La Iglesia, a través de su larga historia, ha sido (perdonadme la rudeza de la expresión) más incomodada que ayudada por los mártires que se han salvado. Los que morían en el circo, eran canonizados, se les rezaba, eran confesores de la fe... ¿Pero... y el confesor de la fe retirado? El que había escapado de los leones y de los osos y que, en la comunidad, se arrogaba un derecho de ver y de juzgar sobre los demás, el que reemplazaba a la jerarquía local porque había sufrido los tormentos de la persecución, estos han causado, en las comunidades cristianas, problemas temibles, porque héroes lo eran. Les faltaba llegar a ser santos, que es otra cuestión.

Recuerdo este rasgo, porque la vida de Pedro Coudrin contiene un punto fundamental sin el que no se llega a explicar su rigor moral. Por ejemplo, en el sepelio civil del antiguo obispo constitucional de Mende, cómo comprender el interdicto lanzado sobre to-

dos aquellos que habían enterrado a aquel pobre hombre que, como tantos otros probablemente, había perdido una fe que no habían recibido mas que como una parte más de la herencia! Pero subrayo dos cosas:

La primera es que Pedro Coudrin, como la mayoría de los eclesiásticos después de la Revolución, se encontró a sí mismo siendo jansenista. No jansenistas políticos, por tanto galicanos –conocéis los textos de Mons. Chabot que certifican que Pedro Coudrin no era galicano en el momento en que el emperador restauraba la iglesia nacional- pero era un jansenista moral, como la gran mayoría de los preladados de su tiempo, que mantuvieron la misma dureza, el mismo rigor austero en situaciones análogas.

Además, este hombre, como fundador, capaz de ser intratable exteriormente, era en el fondo profundo de sí mismo un hombre bueno. Era intratable en las situaciones y profundamente humano con las personas, condicionado a que el diálogo fuera posible.

Este comportamiento testimonia los vestigios en él de las persecuciones y de las trampas por las que atravesó y, al mismo tiempo, indica cómo la Eucaristía, en una época jansenista, fortalece para mantener firme el timón con el fin de que el navío no yerre, y hasta dónde es capaz esta Eucaristía de convertir a una persona desde el momento en que esta acepta abandonarse a sí misma al amor de Cristo entregado.

Es este punto el que es fundamental. Existe en el hombre tenido por duro una dulzura, un deseo de interioridad que muestran que llevamos *“un tesoro en vasos de arcilla”* (2 Cor. 4) La Eucaristía moldea en la intimidad una historia de rugosas secuelas. A la inversa, algo que llama la atención, cuando la Madre Enriqueta se convierte estando prisionera, en cualquier caso arrestada, ella, como consecuencia de sus pruebas, va a sufrir la tentación de una emotividad extrema, llegando hasta fenómenos sobre los que se puede decir que sus contemporáneos preferían cubrir con un prudente velo. No es la única en la diócesis que, habiendo escapado a ardores feroces, psicológicamente compensa, con lágrimas y el sentimiento, el coraje exterior que ha tenido que manifestar.

¡Pues bien! Es de nuevo la Eucaristía la que la ha llevado a esta verdad auténticamente espiritual, permitiéndole dominar un sentimentalismo en el que tantos de nuestros contemporáneos piensan encontrar la expresión adecuada de la fe.

Cosa admirable, vuestros dos fundadores exponen como símbolos, las actuales dificultades de la Iglesia, tentada, por un lado, por el rigorismo de una restauración estéril y, por el otro, por una efervescente afectividad sin reservas.

Pero ellos, en medio de dificultades peores que las nuestras, encontraron la verdad de la fe. Este acierto es interesante para hoy. Es esto lo que fue decisivo en el acto de consagración que tuvo lugar, hace dos siglos, aquí, en esta casa. Apoyándose siempre en la palabra del otro, en total humildad, por encima de su dureza o su sentimentalismo, aprendieron el precio del verdadero amor.

4. BUEN PADRE

Le Père Coudrin. Fondateur de Picpus. Paris, 1952. Vol. I, 449 pp.
Antoine Lestra (J. S.)

Uno quisiera encontrar caminos diversos que le condujeran muy dentro de su corazón en tantos momentos difíciles de su vida, que fueron muy abundantes, a veces continuos, otras gravísimos, un largo rosario de misterios dolorosos. Hay uno de singular atractivo, tanto porque parece poco aireado como por las revelaciones íntimas que aporta. Quizás la figura de un Fundador que camina hacia el horizonte, se dibuja a contraluz con el fuego en la mano, el cuchillo a la cintura, sobre los hombros el haz de leña, en búsqueda siempre de los lugares en que levantar un altar al oír la voz de su Dios. Al que nos referimos tiene lugar en torno al acontecimiento, también tan olvidado, de la profesión de los votos de todos los componentes de las dos familias el día 2 de febrero de 1801, fiesta de la presentación del Niño en el templo y purificación de su santa Madre

.En unas páginas luminosas (Lestra, I, pg. 381 sgts.) se recogen los sentimientos de difíciles momentos anteriores de incomprensión del Buen Padre por corazones ruines, que pueden acercarnos a estos instantes críticos actuales: nos recuerdan la "muerte" de la semilla y los "dolores" de la madre para que nazca la vida nueva (Jn.12,24 y 16,21). Por estas veredas camina el texto de Lestra, cuando transcribe la llaga por la que mana el corazón abierto del Fundador:

"Soy muy débil, bien miserable, mis pobres hijos, el más miserable de entre vosotros, pero desde que Dios me ha llamado a esta obra, me he convertido en otro. He tenido que sostener muchos combates; muchas incertidumbres que vencer antes de hacer mis votos. Preveía las penas, las tribulaciones; las persecuciones que tendría que soportar; pero en cuanto estuve atado a Dios me encontré totalmente cambiado en mi vida espiritual. Desde entonces he cometido muchas faltas que lloro cada día, pero cuantas veces renuevo mis votos, que lo hago cuatro o cinco veces al día, me siento consolado".

Concuerdan bien con las que escribió sobre estos momentos Gabriel de la Barre, con una cierta anhelante expectativa ante la que cree indecisión del Fundador, como adivinó con su intuición femenina y su amorosa admiración: *"Ya no le faltaba más que hacer el último sacrificio y consintiera en ser el padre de un nuevo pueblo que Dios se escogía"*. En sus palabras se adivina la figura asombrosa del patriarca Abraham que se ha sugerido unas líneas antes, a la vez que expresan su conciencia de ser un nuevo pueblo de Dios en esperanza, como las arenas de la playa y las estrellas del cielo.

No fue con oro o plata con lo que pagó el peaje para seguir su propio camino, precisamente ante los guardianes de lo que debía ser un pueblo de Dios surgido de entre las ruinas. Aún en tiempos de lucha hacia 1797, su originalidad y arrojo tuvieron que sufrir tratos indignantes, según testimonio del P. Hilarión, que presagiaban estos de hoy:

"Fue calumniado en su fe, que se hizo pasar por herética. Se le reprochaban opiniones erróneas hasta el punto de que con intención insidiosa y pérfida le enviaron una lista de proposiciones falsas que le acusaban sostenía, sobre las que le pedían su opinión: se dio cuenta de la trampa y respondió devolviéndolas al autor, advirtiéndole que veía la trampa que se le tendía, pero como se le pedía su opinión, las condenaba todas y cada una en particular y que estaba tentado por añadir que abjuraba hasta de la mano que las había escrito. Se le trataba de ignorante, de imbécil. Ciertos de sus compañeros hasta cometie-

ron la inconsciencia de hacerle venir a casa de otro en la que se habían reunido so pretexto de cuestiones importantes, con el fin de divertirse con él toda la velada". No puede uno por menos de recordar la noche de Jesús con la soldadesca romana. No podía abrir la boca sin que se rieran de antemano, de tal modo le tenían por un "minus habens". *"Este imbécil de "Jerónimo", así le trataban semejantes sujetos. Metían a otros dos sacerdotes en el mismo saco diciendo 'ese bobalicón de Enrique (el Sr. Arsoneau), este insensato de Perpetuo (el Sr. Duchastenier)'. Otros más abominables aún llegaron hasta atacarle en sus costumbres"*.

El amor de Dios le consolaba en todas sus penas y le hacía perdonar a sus enemigos, *"porque, decía él mismo más tarde a sus religiosos en sus confidencias de Picpus, yo era entonces mucho mejor de lo que soy hoy"*. La ingenuidad de los santos! Su caridad respondía a sus adversarios o insultantes redoblando la paciencia y las oraciones: *"¿Qué quiere?, decía, espero siempre que se conviertan. Tenemos nosotros mismos tanta necesidad de indulgencia!"*. Pero sentía tan vivamente la malicia y el horror del pecado que, a pesar de su alegría natural, parecía anonadado de tristeza. Cuando uno de sus hijos le confesó su extrañeza, le respondió: *"Un sacerdote cargado con un ministerio como el mío, ¿cómo puede no estar triste?"*. Se esforzaba sin embargo en tomar por el lado bueno los actos ajenos, y cuando no podía remediar de verlos como eran, trataba de excusarlos, al menos disminuir su malicia.

En una carta suya algo posterior, del 24 de mayo de 1804, escribe desde París a la Superiora de Cahors, la insigne Ludovine La Marsonnière. Se ha visto obligado, con Mons. de Chabot, a abandonar Mende, a punto de ser encarcelado, para una cita con el emperador. Describe así su autorretrato:

"Me decía ayer, escribe de sí mismo, que no vivía mas que para su familia, que la vida sólo le importa para hacerla feliz, si fuera posible... También es verdad que tiene tan pocos medios para conseguirlo..."

"Ya le conocéis al pobre hombre, tiene la mejor voluntad del mundo, pero es tan tímido, tan poco acostumbrado a la intriga, tan alejado de toda superchería, que a menos que Dios no le ponga los medios en la mano, apenas es capaz sino de rezar a Dios. Cuando está en la iglesia le parece que todo es fácil, cree que el Maestro va a conducirlo derecho hasta donde sea necesario, para no ser rechazado en las modestas peticiones que tiene que hacer. Después es desechado, casi puesto a la puerta a menudo. Otros le hacen duros reproches. Se le mira como una especie de loco, en quien sin embargo se aprecian a veces atisbos de razón."

"Los senadores, los ministros, los obispos que están en París, le miran como a un optimista. El primer cónsul mismo, ahora emperador, ha sido prevenido contra él. Por lo demás, interesa por su ingenuidad,. Le maltratan alguna vez. Lloro cuando está solo. Grita misericordia a Dios, y no puede justificarse sobre nada porque no le conceden ni tiempo ni facilidades"

"Todo de cuanto se le acusa es opuesto a su manera de ser y de pensar. Sin embargo es necesario soportar y aceptarlo todo y ofrecerlo todo, porque de otro modo irritaría al mundo de su entorno, y el remedio sería peor que la enfermedad."

"Esa es su posición. Los que tenéis un corazón y conocéis los sentimientos de este pobre hombre, juzgad si es un lioso, un astuto, un hombre de desórdenes, un incendiario. Le encomiendo cuanto puedo a sus amigos, sin otros recursos que la Providencia y la inocencia de su conducta y sus buenas ganas de permanecer firme e inquebrantable y veo, como él que es necesario que pase por donde han pasado todos los padres de familia que han tenido muchos hijos en sus brazos, sin otros recursos que la divina Providencia y la ino-

cencia de su vida y sus buenas ganas de permanecer firme e inquebrantable en el bien, hasta el fin que sólo Dios conoce".

Conocemos suficientemente la vida del Fundador como para considerar unilateral la anterior reunión de textos por A. Lestra, adecuada para su finalidad. Es claro que tal testimonio no compendia su vida. Por otro lado, a veces podemos confundir la bondad con la permisividad o la falta de responsabilidad, a las que se puede dar cualquier nombre, menos el de bondad. Decía Séneca con lucidez: *"Corremos el riesgo de que por no querer pisotear a los demás, demos la impresión de que se nos puede pisotear a nosotros"*. Para que esta bondad no aparezca aquí iluminada sólo en su media cara, como la luna, recordamos la anécdota igualmente "bondadosa", pero de otro color, que está ligada directamente con el último acontecimiento y que viene a iluminarlo. De nuevo es también su biógrafo (Lestra, 1, 392-394) quien nos ayuda.

Sabemos que la fundación de la Asociación del Sagrado Corazón, cuna de la Congregación, fue fundada por la Srta. Geoffroy (Cfr. "El Padre Coudrin...", J.V. González, pg. 47). Ahora, en estos días de febrero de 1801, consumada la separación entre el numeroso resto de la Asociación y las religiosas –antes "Solitarias"- que se mantuvieron en la Grand' Maison, la Srta. Geoffroy estaba retenida junto a su padre, postrado por una enfermedad mortal. El 25 de junio de 1801, compró con fondos de una de las asociadas, una casa a la que llamó "Providencia", que dirigió hasta 1806, cuando ingresó en la "Sociedad del Sagrado Corazón", el Instituto fundado por Santa Magdalena Sofía de Barat. Hizo su profesión en 1808 y fue muy estimada por su Fundadora. Rindió grandes servicios a su Instituto, muriendo a la edad de 83 años en 1845, siendo superiora de la comunidad de Lyon.

Sus últimas relaciones con el P.Coudrin datan del mismo 1801 y fueron dramáticas. En la capilla de su "Providencia", había hecho colocar un cuadro del Sagrado Corazón, quizás el mismo de la calle Olérons, primera sede en Poitiers de la Asociación del Sagrado Corazón, cuadro que pertenecía a esta Asociación, y ante el que "Andatierra" había pronunciado sus primeras resoluciones.

"El sacerdote Coudrin, al enterarse, fue a verla, como se lee en notas conservadas en los archivos de la Sociedad del Sagrado Corazón, y la reprochó el levantar altar contra altar, citándola al juicio de Dios. La Madre Geofroy se puso de rodillas, recibió todo sin replica alguna y sintió como un rocío celeste que se extendía sobre su alma. Fue, decía ella, la única vez en su vida que había gustado de tal modo la humillación".

En las "Memorias" escritas por sus compañeras siguiendo sus propios relatos, se menciona su última palabra sobre esta prueba: *"La persecución que viene de los santos es la más terrible de todas; no se puede conocer si no se ha pasado por ella. Todas aquellas personas creían tener razón y en efecto no se encontraban en el error. Dios conducía todo esto. El quería las dos obras"*

El P. Coudrin mostrando esta severidad cumplía con su deber. Su Congregación, defiende Lestra, había sido reconocida por la autoridad diocesana; la creía amenazada; a pesar de su dulzura y paciencia, tenía la obligación de defenderla como un padre a su hijo. La Madre Geoffroy, hasta en el mismo momento en que narra que la sometió a tan ruda prueba, no duda en llamarle un santo, un testimonio para no olvidar. Cada uno de los dones los reparte el Señor con medidas distintas.

Sus hijos le llamaron **Buen Padre**, expresión que en su origen acentúa más la paternidad que la bondad, o si se quiere habla de una bondad al servicio de la paternidad. Resplandeció por toda una serie de virtudes, no sólo la bondad, que configuraron su imagen de padre. Las espaldas de un padre cargan responsabilidades que, precisamente su abandono o malentendimiento, suelen ser las causas mayores y más frecuentes de la ruina de una fami-

lia. Pocas cosas habrá tan difíciles como conjugar estas dos palabras, bondad y paternidad. Conocemos lo suficiente a nuestro Fundador como para estar orgullosos del ejercicio que hizo de las dos, en trances tan difíciles como para que se sintiera descoyuntado debido a la tensión interna que le producían dos fuerzas, de las que cada una llenaba plenamente su corazón. Eso es lo que constituyó su grandeza tanto como su fragilidad.

Consciente de su débil grandeza, se convirtió en instrumento de la *divina Providencia*. “*Estamos sostenidos por un hilo*” (B.P.) “*pero ese hilo está sostenido por un cable*” (B.M.). El texto anterior citado, antológico, una joya engarzada en la trama de su vida, a la vez que la resume, lo explica todo:

“[...] *es necesario que pase por donde han pasado todos los padres de familia que han tenido muchos hijos en sus brazos, sin otros recursos que la Divina Providencia y la inocencia de su vida y su buenas ganas de permanecer firme e inquebrantable en el bien, hasta el fin que solo Dios conoce*”.

Los apoyos de sus comportamientos: - la divina Providencia, - la inocencia de su vida, - permanecer firme e inquebrantable en su fe. No se puede olvidar el riesgo de su época de la clandestinidad, la larga y penosa gestación de su comunidad, ni el posterior entorno político religioso del imperio, del galicanismo y de la restauración. Más difícil y de más graves consecuencias fue el desarrollo de la misma comunidad donde se dio el fenómeno tan común de la crisis de crecimiento, agravado en nuestro caso por la dirección lejana de su comunidad a que se vio sometido. Ello creó unas estructuras de estilo de vida que no podían ser duraderas, creando disensiones inevitables. Esto amargó durante años el final de su vida, sometida además a un envejecimiento precoz, con las consecuencias de la larga enfermedad de la Buena Madre, sobre cuya situación ha habido y habrá siempre sus razones en pro como en contra.

Su sobrino, el magistrado Agustín Coudrin, lo rememora de este modo en sus “Recuerdos”: “*Qué diferencia entre el hombre al comienzo de su carrera y el hombre en su ocaso. Qué actividad, qué palabra, qué coraje, qué fuerza de carácter al comienzo de una vida laboriosa y útil; y a menudo cuántas tristezas acompañan los últimos esfuerzos, aunque sean los de un gran servidor de Dios... De joven, yo le he visto simpático, confiado, lleno de amenidad. En el final de sus días, cuántas y cuán dolorosas preocupaciones...*”

Llegan los últimos tiempos en que recae “en un adormecerse continuo”, su mano tiembla y nada consigue calmar el dolor de su pierna. Sin embargo visita las casas, da en Coussay-les-Bois su famosa última misión, después de la que decide permanecer un tiempo en el convento de las Hermanas, en un “gabinete estrecho”. Narra de nuevo su sobrino Agustín Coudrin:

“*En ese reducto entra en retiro para hacer examen de toda su vida y prepararse a una confesión general. En un pequeño granero de la Motte d’Usseau, le fue inspirada su misión de fundador. En un espacio también estrecho y en un lugar también modesto, hubo de considerar ante Dios el cumplimiento de esta misión*”.

Si esto no sirve para que enfoquemos la visión de su vida desde la superior verdad de la comprensión y del mayor afecto, precisamente por la dificultad y también la responsabilidad en que se desarrolló, ya no nos mereceremos a nuestro padre. Las circunstancias externas e internas a la Congregación, sobretodo desde 1829, se han de ver con unos ojos y tratar con unas manos, que la mayoría no tenemos los medios a nuestro alcance para dar un juicio honesto y acertado. Cada cual que se haga su propia composición. Mientras tanto, gocemos del regalo que Dios nos dio de esa figura personal a quien hemos aprendido a conocer y a llamar “Buen Padre”. Con ese nombre se quedó y es el que hemos heredado como familia.

5. EXAMEN PSICO-GRAFOLÓGICO

Cahiers de Spiritualité, nº 10. Roma 1970

Traducción Madrid, 1977. pp. 195-198

El conjunto de este Cuaderno [nº 10] con sus tres capítulos, estaba ya enteramente escrito cuando tuvimos la idea de pedir un "examen psico-grafológico" del Padre Coudrin. Por indicación del P. Berthier de Sauvigny, entonces Director del "Centro de Investigaciones de Historia Religiosa" del Instituto Católico de París, nos dirigimos al profesor Robert Oliveaux, Doctor de la Universidad de París, Doctor en Pedagogía del Instituto Católico de París, miembro del grupo de Grafólogos de Francia y Profesor en la Escuela de Psicólogos Prácticos. A petición suya hemos remitido a este especialista una serie de 24 documentos fotocopiados, de escritos del Buen Padre, escalonados desde 1785 a 1836 (incluida el Acta de Profesión de la noche de Navidad de 1800), lo que representa un documento cada dos años, y hemos añadido a ello un artículo sobre el Buen Padre que salió en "Horizons Blancs", nº 34 - (enero de 1968).

El estudio que vamos a leer se entregó en la casa Principal el 25 de mayo de 1970.

INTELIGENCIA

Su escritura refleja una personalidad muy firme, que parece marcada no tanto por el predominio de la vida interior, como por la importancia de la necesidad de actividad y de relación. Es más bien la escritura de un jefe de empresa que la de un místico.

La inteligencia es de un buen nivel, muy personal y se caracteriza por una gran vivacidad de espíritu y de curiosidad intelectual que unidas a la imaginación creadora del P. Coudrin, le impulsan a las iniciativas, a la organización, a una realización personal y siempre original.

Esta imaginación que favorece las empresas no altera en nada la objetividad de su juicio: el Padre Coudrin es un hombre realista que no se deja engañar por apariencias, ni guiar por impresiones; objetivo, riguroso, su juicio es a veces pronto, impulsivo, pero nunca rígido ni intransigente; el sentido de la relación modera las tomas de postura: el Padre Coudrin tiene siempre en cuenta al otro en sus compromisos.

Su reflexión es rápida y segura; no tergiversa las cosas y va derecho a su fin, no es dado al análisis excesivo de las situaciones, ni tampoco de sí mismo y manifiesta esa salud de la espontaneidad que le lleva a realizar acciones, no irreflexivas, pero a veces impacientes y algo improvisadas.

COMPORTAMIENTO SOCIAL

El Padre Coudrin no aparece a través de sus escritos como un hombre de meditación y de silencio, sino más bien como un hombre comunicativo y de diálogo; tiene necesidad de comprometerse a fondo, de crear, de organizar, e incluso de mandar.

Pero lo que en cualquier otro hombre parecería un deseo de imponerse, es en él como un profundo y potente deseo de "dirigir", entendida esta palabra tanto en el sentido de organizar y de hacer funcionar una empresa (hoy día se diría "gestionar") como en el de

arrastrar a los demás en sus compromisos con un entusiasmo sin duda comunicativo.

Parece que esta actitud expresa la sublimación de una gran violencia: el Padre Coudrin se muestra como un apasionado obligado a refrenar una energía interior que puede traducirse por algunos estallidos (quizá "santas cóleras"), pero aparece muy transformada en su actitud de jefe, de creador.

Pero esta fuerza de carácter, corre pareja con una gran comprensión del otro, con una cordialidad calurosa; el Padre Coudrin es hombre de afectos definitivos, de contactos directos. No es tanto un hábil diplomático como un hombre integro, recto, espontáneo, de una sola pieza; si sus afectos son estables, son también muy poderosos. El apasionado, así como no hace nada a medias no ama tampoco a medias. Sus amigos sabían que podían contar totalmente con su generosidad y con su abnegación.

ACTIVIDAD

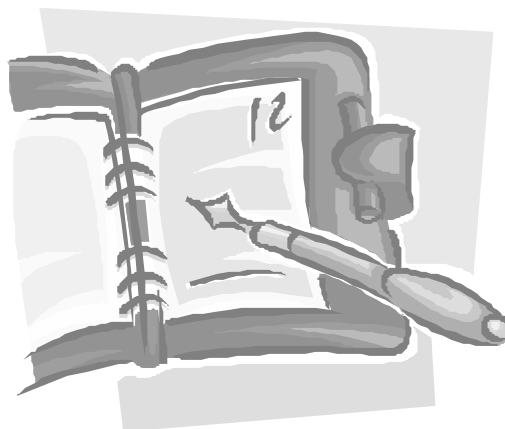
En cuanto a su actividad, está apoyada en una poderosa vitalidad: el Padre Coudrin se encuentra a sus anchas en la organización, en la realización; ama la lucha, y el obstáculo, antes que descorazonarse, estimula su esfuerzo. Su dinamismo está sostenido por una energía y una voluntad muy firmes; su espíritu de decisión es muy rápido.

La actividad es a veces impaciente, impulsiva, las iniciativas son rápidas, la improvisación en el último momento no da miedo al Padre Coudrin.

CONCLUSIÓN

Se comprende que este hombre de acción haya sido un Fundador, que haya tomado iniciativas, quizá audaces, que no haya dudado nunca en comprometerse a fondo.

Se trata de la personalidad rica y fuerte de un apasionado.



Salmo de bendición

Dios, Padre nuestro
te damos gracias por la historia
de nuestra Congregación de los Sagrados Corazones.
Durante todo este tiempo, día a día,
no has cesado de manifestarnos tu Providencia;
nos has conducido como de la mano.
Envía una vez más tu Espíritu
sobre nosotros hoy.
Que seamos en todos los lugares verdaderos testigos
de tu Amor de ternura y de misericordia
manifestado en tu Hijo Jesús.
A semeja nuestros corazones y comunidades
a los corazones de Jesús y de María,
para que podamos en fidelidad a nuestra historia
inventar caminos de porvenir
y dar vida siempre y en todo lugar.

¡Amén!

écriviez moi, pensez a moi, et aimez moi un peu, nos cœurs ne
devraient jamais cesser de s'entendre. Le mieux vous est tout
besoigné rappelez moi au souvenir de celui qui un moment ne
voulait plus être de mes amis, mais les Dieux si font ce rompre
difficilement, mais ils ne font plus y aider. a Dieu donnez moi
des nouvelles des petits il y a un siècle que vous n'avez dit rien
je ferai icy des connaissances il y a des personnes qui desireroit
aller en provinces, La jeune personne que vous connoissez est
toujours bien intéressante on est icy dans l'antousiasme de ces
talents martha vous dit bien des choses respectueuses et moi
je vous embrasse de tout mon cœur.

J'ai Rem. Notre Henriette
Dernier, M'avez point d'Espagne, assurez
toute personne d'un sincère attachement
H.M.J.

O bonne mère, que peu puis je faire
quelque chose pour vous, et vous. Ten
du moins de quelque utilité. Mais je ne puis
rien.

Adieu, bonne mère, oui je crois et j'espère
aucun doute que vous êtes la meilleure de
mes amies, comme il est vrai que je vous en
vous le plus tendre et le plus respectueux
attachement
J. Gabriel

...escribame, piense en mí, y quiérame un poco, nuestros corazones nunca deberán dejar de entenderse. El mío os lo tengo entregado del todo, ponedme en el recuerdo de aquel otro que en un momento no quería ya contarse entre mis amigos, aunque lazos tan fuertes son difíciles de romper, pero es necesario que no vuelva a repetirse. Adiós, deme noticias de las pequeñas, hace un siglo que nada me dice de ellas. Aquí (Paris) iré adquiriendo relaciones, hay personas que desean ir a provincias. La joven que ya conocéis sigue siendo muy interesante, aquí estamos entusiasmadas con sus cualidades. Marta os dice muchas cosas respetuosas y yo os abrazo de todo corazón.

Henriette (Aymer)

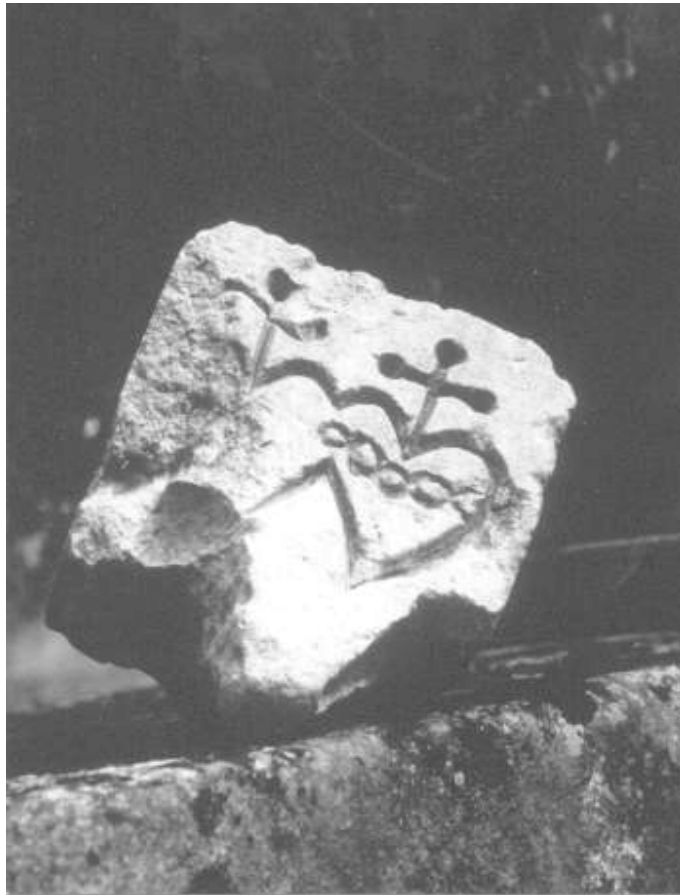
He recibido vuestra última carta. No os apeneis, asegúrad a todas mi sincero cariño.

FMJ - F(rère) M(arie) J(oseph) (Coudrin)

¡Oh, buena Madre, que no pueda hacer algo por vos! Y seros al menos de alguna utilidad, pero nada puedo.

Adiós, buena Madre, sí, creo y sin duda alguna que sois la mejor de mis amigas, como es también verdad que os he entregado el más tierno y respetuoso afecto.

Sr. Gabriel (de la Barre)



Congregación de los Sagrados Corazones

Provincia de España

C/ Padre Damián, 2

28036 Madrid

Tfno. : 91 564 78 95

Fax: 91 561 14 43

e-mail: psces@planalfa.es